

4-16-2019

Traducción y análisis: The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grand, Un Libro de Keith Bowden

Mariana G. Luevano

Follow this and additional works at: <https://rio.tamtu.edu/etds>

Recommended Citation

Luevano, Mariana G., "Traducción y análisis: The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grand, Un Libro de Keith Bowden" (2019). *Theses and Dissertations*. 20.
<https://rio.tamtu.edu/etds/20>

This Thesis is brought to you for free and open access by Research Information Online. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations by an authorized administrator of Research Information Online. For more information, please contact benjamin.rawlins@tamtu.edu, eva.hernandez@tamtu.edu, jhatcher@tamtu.edu, rhinojosa@tamtu.edu.

TRADUCCIÓN Y ANÁLISIS: *THE TECATE JOURNALS: SEVENTY DAYS ON THE RIO
GRANDE*, UN LIBRO DE KEITH BOWDEN

A Thesis

by

MARIANA G. LUEVANO

Submitted to Texas A&M International University
in partial fulfillment of the requirements
for the degree of

MASTER OF ARTS

MAY 2018

Major Subject: Language, Literature, and Translation

Traducción y Análisis: *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*, un libro de
Keith Bowden

Copyright 2018 Mariana G. Luevano

TRADUCCIÓN Y ANÁLISIS: *THE TECATE JOURNALS: SEVENTY DAYS ON THE RIO
GRANDE*, UN LIBRO DE KEITH BOWDEN

A Thesis

by

MARIANA G. LUEVANO

Submitted to Texas A&M International University
in partial fulfillment of the requirements
for the degree of

MASTER OF ARTS

Approved as to style and content by:

Chair of Committee,	Dr. Lola Orellano Norris
Committee Members,	Dr. Manuel Broncano
	Dr. Irma Cantú
	Dr. Agustín Martínez-Samos
Head of Department,	Dr. Stephen M. Duffy

May 2018

Major Subject: Language, Literature, and Translation

ABSTRACT

Traducción y Análisis: *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*, un libro de
Keith Bowden (May 2018)

Mariana Goretti Luevano, Lic. Comunicación e Información, Universidad Autónoma de
Aguascalientes;

Chair of Committee: Dr. Lola Orellano Norris

Translation is an art and a craft that can be improved with practice and by critically reflecting on the process. In addition, the analysis of translation contributes to the development of theory. This thesis presents a translation and its analysis of the techniques applied during the process. Three fragments of Keith Bowden's (2007) book *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande* were translated.

Bowden offers a chronicle of what he experienced while boating down the Rio Grande along the Mexican-American border. It is a book aimed primarily at the rafting and adventure sports enthusiasts. However, it also deals with a variety of issues such as river pollution, drug trafficking, and the overall conditions of those living on its banks. The author offers a different perspective of the river. The translation of these fragments offers the Spanish-speaking audience an opportunity to explore this important waterway in a way that has never been done before. The analysis of the translation identifies some of the challenges the translator faced during the process and explains the different translation techniques applied to overcome them, all informed by the theory found in translation manual.

RESUMEN

Traducción y Análisis: *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*, un libro de
Keith Bowden (May 2018)

Mariana Goretti Luevano, Lic. Comunicación e Información, Universidad Autónoma de
Aguascalientes;

Chair of Committee: Dr. Lola Orellano Norris

La traducción es un arte y un oficio que se perfecciona con la práctica y la reflexión crítica sobre ésta. El análisis de las traducciones contribuye, además, al avance de la teoría. Esta tesis presenta una traducción y el análisis de las técnicas empleadas por el traductor durante el proceso. Se traducen tres fragmentos de *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*, un libro de Keith Bowden (2007).

Bowden narra su aventura al navegar el río Bravo a lo largo de toda la frontera entre Estados Unidos y México. Se trata de una historia dirigida principalmente a entusiastas del deporte de aventura y del canotaje y que, al mismo tiempo, aborda temas como la contaminación, el narcotráfico en la frontera y las condiciones en las que viven las personas a las orillas del Bravo. En esta obra, el autor habla sobre el río Bravo desde una perspectiva diferente. La traducción de este texto brinda la oportunidad a los lectores hispanohablantes de conocer una nueva cara de este importante cuerpo de agua. El análisis de la traducción se efectúa identificando algunos de los obstáculos que el traductor enfrentó en el proceso y las decisiones que se tomaron para resolverlos, partiendo de manuales de traducción.

ACKNOWLEDGMENTS

I would like to extend my profound gratitude and admiration to my committee chair and thesis advisor, Dr. Lola Orellano Norris. Her help and guidance since the beginning of my degree and especially during this thesis have offered me countless lessons. Without Dr. Norris's lead, this thesis would not be what it is today. She is an inspiration as a translator, a scholar, and a person.

I would also like to thank the rest of my committee: Dr. Irma Cantú, Dr. Manuel Broncano, and Dr. J. Agustín Martínez-Samos. Thanks to their valuable input, this thesis was successfully completed. I am grateful for their time and their useful and punctual comments.

To the author of the book I am translating, Prof. Keith Bowden, I am incredibly indebted. Thank you, Prof. Bowden, for letting me be part of your adventure, and for allowing me to share it with the Spanish-speaking audience.

To my family, my parents, my siblings, and my friends, for believing in me, and for their support and encouragement. And lastly, to Eduardo, my husband, for his unconditional love, endless support, and continued understanding during the writing of this thesis.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi profundo agradecimiento a mi directora de tesis y presidenta del comité, la Dra. Lola Orellano Norris. Es gracias a su orientación y acertados consejos que he logrado obtener valioso aprendizaje, desde el principio del programa y sobre todo en la elaboración de esta tesis. Este proyecto fue posible gracias a su dedicación y entrega. La Dra. Norris es una inspiración, no solo como traductora, sino también como maestra y persona.

Al resto de los miembros del comité: Dra. Irma Cantú, Dr. Manuel Broncano y Dr. Agustín Martínez-Samos, infinitas gracias. Su valioso tiempo y retroalimentación sobre el trabajo fueron una parte esencial de este proyecto.

Agradezco también a Keith Bowden, autor del libro en que se basa este proyecto, por su amabilidad de permitirme ser parte de la aventura. Gracias, Prof. Bowden, por ser la inspiración de esta tesis, y por darme la oportunidad de llevar su libro (aunque sea en fragmentos) a nuevas audiencias.

A mis papás, mis hermanos, mis amigos y a mi familia, gracias por su apoyo y palabras de aliento. Y a Eduardo, mi esposo, por su amor incondicional, su apoyo constante y por su entendimiento durante la elaboración de esta tesis. Muchas gracias.

ÍNDICE

	Página
ABSTRACT.....	iv
RESUMEN	iv
ACKNOWLEDGMENTS	v
AGRADECIMIENTOS.....	v
ÍNDICE.....	vi
INTRODUCCIÓN	1
El proyecto	2
El río Bravo	4
El autor.....	6
El libro en cuestión	8
La metodología.....	11
TRADUCCIÓN – FRAGMENTO 1	15
TRADUCCIÓN – FRAGMENTO 2.....	28
TRADUCCIÓN – FRAGMENTO 3.....	39
ANÁLISIS DE LA TRADUCCIÓN.....	51
El léxico y el vocabulario especializado	52
Conversión de unidades de medida	54
Uso de los dos idiomas y alternancia de código.....	56
Frases autorreferenciales.....	59
Uso de los adverbios	60
Los signos de puntuación y el uso de las mayúsculas	61

CONCLUSIÓN.....	65
REFERENCIAS	69
Obras Citadas	69
Obras Consultadas	71
VITA.....	74

INTRODUCCIÓN

El ser humano por naturaleza tiene la necesidad de llegar más allá, de conocer un poco más: más allá del océano, del otro lado de la montaña, a la otra orilla del río. Para lograrlo, ha construido puentes, estructuras que facilitan la vía de comunicación y pueden ser tan sencillas como un tronco de árbol que atraviesa un riachuelo o tan complejas como un coloso de cemento y acero de cien kilómetros de longitud. Estos puentes han permitido que se conecten ciudades, civilizaciones y culturas. Permiten que se extienda el conocimiento y han contribuido al crecimiento y avance de la humanidad. La traducción funge como un puente que atraviesa un río caudaloso y permite acceso a nuevos mundos. Logra satisfacer la necesidad de los pueblos por relacionarse con otros, entablar intercambios comerciales, ampliar el conocimiento, conocer otros mundos y llevar a las personas a acercarse a otras culturas.

Rainer Schulte (2012) reflexiona y profundiza sobre la metáfora de la traducción como un puente. Menciona que, al cruzar el puente, lo atravesamos cargando nuestro equipaje sociocultural que arrastramos de nuestro lugar de origen. Durante el cruce, debemos hacer preparaciones mentales para el nuevo paisaje al que nos enfrentaremos antes de llegar al otro lado. El nuevo lugar es lo desconocido, lo que intentamos reconocer, interpretar, y con lo que queremos lograr comunicarnos. No podemos suponer que el otro lado se rija por las mismas tradiciones culturales, históricas y sociales que ya conocemos. Nuestros modelos de interacción dentro de nuestro propio lenguaje son diferentes a aquellos que encontraremos al otro lado del río. Es por esto que uno podría decir que por ley la traducción está siempre

This thesis follows the style of *The International Journal of Translation and Interpretation Research*.

impulsada por la transformación y por un diálogo permanente con el otro. Para Schulte, la transformación mental es un proceso al cual nos debemos someter si deseamos encontrar la manera de interpretar y lograr conocer una nueva cultura, una manera diferente de ver el mundo (p. 1-4).

En la presente tesis se utiliza el puente de la traducción para atravesar un río en particular: el río Bravo. El texto traducido para este análisis es un extracto de la crónica de Keith Bowden (2007), *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*, en la que el autor narra todo lo acaecido durante su navegación por el río Bravo. Una vez finalizada la traducción, se analiza el proceso que ocurre mientras se atraviesa, metafóricamente, el puente entre los dos mundos: la transformación del texto y de las ideas cuando pasan de un idioma a otro, los obstáculos que se encuentran a lo largo del camino y las diferentes decisiones que se toman para superarlos.

El proyecto

Antes de emprender un viaje, uno planea con anticipación y se prepara para cualquier eventualidad que se encuentre en el camino. Los traductores deben hacer algo semejante antes de comenzar su tarea. La primera consideración que se realizó antes de comenzar este proyecto fue elegir el texto a traducir. El texto seleccionado cumplió con las características que se buscaron para lograr una traducción y análisis exitosos.

Lo primero que se consideró fue que el texto no hubiese sido traducido antes. Aunque todas las traducciones son distintas y se pueden analizar las diferencias entre cada versión, ese no era el objetivo particular de este proyecto. Tras una búsqueda en línea y corroborándolo más adelante con el autor, se comprobó que no existía otra versión traducida

del libro. Al mismo tiempo, se prefirió un texto que tocara un tema que resultara de interés general para una audiencia amplia y que tuviera un toque de identidad de la frontera. En este aspecto, esta obra resultó perfecta. El libro aborda, dentro del tema principal que es la navegación como deporte de aventura, otros asuntos tales como el problema migratorio en México y los países sudamericanos; la situación de violencia, narcotráfico y contrabando que se vive en la frontera; el estado de la flora y fauna de la región y la importancia de su conservación; la camaradería entre viejos amigos; la historia y geografía del río Bravo. Esta variedad de intereses amplía la audiencia que puede interesarse por leer el texto, desde mexicanos que deseen conocer más sobre el río hasta entusiastas del canotaje que disfruten la reseña del viaje.

El autor accedió a una entrevista antes de comenzar el proyecto y, aunque no era un requisito, esto enriqueció el proceso de traducción. En esta entrevista se logró conocer los detalles de la concepción del libro, así como algunos datos personales del autor que ayudaron al traductor a entender mejor los motivos que llevaron a la creación de la obra. En cuanto a características específicas del texto, no había un género preferido, el único requerimiento era que presentara obstáculos sustanciosos que significaran un reto para el traductor y que rindiera suficientes ejemplos para analizar de manera satisfactoria la traducción. Con su lenguaje especializado en navegación y deporte, los nombres de plantas y animales específicos de la región, los distintos términos que se utilizan para describir las características de un río, y el uso de refranes y frases idiomáticas, el texto resultó adecuado para llevar a cabo la traducción y su posterior análisis. Sin embargo, debido a la naturaleza del proyecto, no era posible realizar la traducción de la obra entera por lo que se seleccionaron tres

capítulos que representaran los temas variados de la obra entera, y logaran aportar una muestra de lo que se trataba en el resto del libro.

El río Bravo

Desde que el hombre comenzó a crear asentamientos, los ríos han constituido un factor importante para el desarrollo de los pueblos. Las civilizaciones más antiguas se formaron en la región de Mesopotamia a las orillas del Tigris y Éufrates y en India, a la orilla del río Indo. En la actualidad, el cauce de los ríos dicta, en muchos casos, los límites políticos de países, o a veces de estados, tal como lo hacen los ríos estadounidenses Misisipi y Misuri. En el estado de Texas, el río Sabina marca frontera con el estado de Luisiana y el río Rojo que un día fue la frontera entre Estados Unidos y México, según el tratado Adams-Onís de 1821, hoy en día separa a Texas de Arkansas.

El río Bravo nace en las montañas en el sur de Colorado. A lo largo de sus aproximados tres mil kilómetros, el río recorre una gran variedad de paisajes y ecosistemas. El caudal atraviesa Nuevo México de norte a sur y al llegar a El Paso, Texas, toma una curva hacia el sureste. Es aquí donde el Bravo delimita parte de la frontera entre México y Estados Unidos desde 1848, cuando al finalizar la guerra entre ambos países se firma el Tratado Guadalupe-Hidalgo. En él, el Gobierno de México accede a vender los territorios de Texas, Nuevo México (que incluía Arizona) y la Alta California a Estados Unidos. La desembocadura del río Bravo se encuentra en el golfo de México, y el Bravo recorre una distancia de alrededor de mil seiscientos kilómetros desde El Paso hasta Brownsville, Texas.

De acuerdo con Paul Horgan (1968), el explorador español Alonso Álvarez de Pineda nombró a este afluente como el río de Las Palmas cuando descubrió su desembocadura al

golfo de México en 1519. Su compañía pasó cuarenta días en la zona, y los miembros de su expedición fueron los primeros europeos en ver el río (p. 88). Leon C. Metz (2010) menciona los distintos nombres con los que se conoció al río en tiempos y secciones diferentes. Los indígenas de la zona lo llamaban P'Osoge, que significa "río grande". Algunas expediciones españolas distintas lo llamaron río de Nuestra Señora, río de Nuestra Señora de la Concepción y río Guadalquivir. En 1598, los españoles llamaban río Bravo a la sección más baja del afluente. Se cree que fue Juan de Oñate el primero en llamarlo río Grande, cuando lo vio en 1598, cerca de lo que después sería El Paso.

Harvey Fergusson (1955) señala que el uso del adjetivo "grande" para nombrar al río hace referencia a su importancia en la región y a su longitud más que a su amplitud ya que en la mayor parte su caudal, durante temporada de sequía, no es más que un riachuelo. Durante la temporada de inundación, en cambio, se convierte en un imponente afluente de corriente roja que arrasa con todo que está a su paso: sus propias orillas, bancos de arena, animales, árboles y lo que encuentre en su camino, como si quisiera devorar todo el país y arrojarlo al mar. El Bravo atraviesa montañas, cañones, valles, y es un cauce peligroso para hombres y animales. Salvo por un corto tramo antes de llegar al mar, el río no es navegable (Fergusson, 1955, p.3); sin embargo, existen trechos en los que se pueden correr sus rápidos en canoas o balsas. El canotaje es un deporte que se practica en la región del parque nacional Big Bend.

En la actualidad, la frontera entre México y Estados Unidos goza de fama internacional por pertenecer a la lista de las fronteras más peligrosas del mundo, de acuerdo con la revista digital Foreign Policy (Walker, 2011). Esta inclusión se debe a la cantidad de personas que mueren intentando cruzar la frontera cada año. El peligro se deriva principalmente de los actos violentos causados por el narcotráfico; sin embargo, las

condiciones geográficas de la frontera por sí mismas también pueden resultar mortales para cualquiera. Según datos del Consejo Nacional de Población (2017) entre 2006 y 2015, 1.6 millones de mexicanos migraron a Estados Unidos. A lo largo de los más de tres mil kilómetros de frontera existen muchas rutas para llegar “al otro lado”, todas ellas igual de peligrosas. Por un lado, los inmigrantes ilegales se enfrentan al inmenso y remoto desierto de Sonora que abarca el oeste del norte de México. Por el lado este, a partir de las ciudades de El Paso y Ciudad Juárez, el río Bravo representa el objetivo a superar para llegar a Estados Unidos.

Para los mexicanos del interior de la República Mexicana, el río es una especie de figura lejana que solo cumple con la función de línea divisoria. Sin embargo, para los pueblos que lo flanquean en ambos lados, el río Bravo es un importante símbolo de identidad, recreación y, en muchos casos, supervivencia.

En *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande* (Bowden, 2007), el autor deja de lado la función del río como frontera. Al navegarlo, Bowden olvida a menudo que se encuentra entre dos países y que el río es un obstáculo para pasar de un lado a otro. El río Bravo es visto desde una perspectiva distinta a la que se le ve todos los días. En su viaje, el autor hace más que ver al río: lo está disfrutando, lo está corriendo, lo está viviendo.

El autor

Keith Bowden es un entusiasta de las aventuras al aire libre. Ha navegado varios ríos y ha viajado por gran parte de Estados Unidos, Canadá y Sudamérica. Es autodidacta en el arte de la navegación. Nació en Pensilvania y con sus padres se mudó a Houston cuando era niño. Viajó por Estados Unidos gracias al trabajo de su padre y cuando estudiaba bachillerato

abandonó los estudios y viajó solo por el país, de costa a costa, de aventón, es decir, haciendo auto-stop (K. Bowden, comunicación personal, 9 de abril, 2016). Fue en el primero de estos viajes cuando conoció al río Bravo mientras pasaba por El Paso, rumbo a California. El río no le causó tanto impacto como lo hicieron las colonias marginadas que se veían al otro lado de él, en Ciudad Juárez (Bowden, 2007, p. 9).

La vida lo llevó por otros rumbos, regresó a los estudios, estuvo en Canadá y por otro tiempo vivió en Chile. Durante algunos años vivió alejado del río y de la frontera, y en 1987 Bowden regresó a Estados Unidos a estudiar un posgrado en la Universidad Estatal Sul Ross, en Alpine, Texas (K. Bowden, comunicación personal, 9 de abril, 2016). Allí encontró refugio en el deporte, cuando el equipo estudiantil de béisbol lo invitó en una ocasión a jugar en La Linda, un pueblo minero al norte de Coahuila que había sido creado por Dow Chemical Company, pero que ahora está abandonado. Bowden terminó jugando béisbol para el equipo local de los mineros, y aunque esto le causó rivalidades con sus compañeros en Sul Ross, el pertenecer al equipo minero le dio un aliento a su estadía en la universidad. Bowden se identificaba más con los mineros mexicanos que jugaban en su equipo junto al río que con sus compañeros americanos con quienes asistía a clases (Bowden, 2007, p.13).

Después de jugar los fines de semana y estudiar literatura entre semana durante más de un año, Bowden abandonó la universidad para acompañar a su hija en Memphis, Tennessee, dónde estaba recibiendo tratamiento de cáncer. Un año y medio más tarde, tras la muerte de su hija, Bowden comenzó a trabajar como maestro de inglés para lo que en aquel tiempo se llamaba Laredo Junior College, lo que hoy es Laredo Community College. Por coincidencia o por disposición divina, regresó al río que una vez lo había salvado y había dado sentido a su vida. Fue así como comenzó a navegar periódicamente por el río. Cada

descanso de primavera y cada vacación de verano, Bowden recorría alguna sección del Bravo. Después de realizar casi treinta expediciones, el río Bravo se había convertido en su hogar. Esto fue su motivación para realizar y documentar este viaje que resultó en el libro *The Tecate Journals* (Bowden, 2007, pp. 13-15).

El título del libro hace referencia a la cerveza de esa marca; sin embargo, el título original que el autor había dado a su obra era *The River Below* [El río allá abajo]. Eligió el título por dos motivos: el primero es que la mayoría de las personas ven al río desde algún puente; el segundo es que el río está “allá abajo” en la extrema frontera sur de los Estados Unidos. Por lo tanto, el río se ve con un aire de desprecio, desde arriba hasta abajo por el resto del país norteamericano. Es el mismo desprecio con el que muchos ven a toda la frontera (K. Bowden, comunicación personal, 9 de abril, 2016).

Tras jubilarse en 2016, Bowden se mudó a Langtry, Texas, un pequeño pueblo situado a la orilla del río, a unos cien kilómetros de Del Río (K. Bowden, comunicación personal, 9 de abril, 2016).

El libro en cuestión

En *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande* (Bowden, 2007), el autor nos ofrece una relación detallada y actualizada de cada esquina del río. En un viaje sin precedentes, Bowden se aventura a recorrer el Bravo a lo largo de toda la franja fronteriza. Comienza su travesía en El Paso, Texas, y la termina, dos meses después, en la desembocadura del río en el golfo de México. Bowden aprovecha la temporada de sequía, durante el invierno, cuando es más seguro navegar este impredecible y majestuoso cuerpo de

agua, para escribir una fiel y detallada crónica de su viaje. A lo largo del libro, podemos descubrir los diferentes ecosistemas y realidades que se viven en las orillas del río.

En El Paso, el viaje comienza en bicicleta, ya que, en esta área, el río es apenas un riachuelo. Aquí el río logra ganar más anchura, pero es intransitable debido a la presencia de especies invasoras de árboles que lo vuelven inaccesible. Bowden no emprende su travesía solo, sino con un amigo de la infancia. No harán todo el recorrido juntos, solo el tramo en bicicleta de El Paso hasta Presidio, Texas, una distancia de alrededor de trescientos kilómetros. Algunos tramos de este viaje se hacen a lo largo de un camino de terracería que se despliega paralelo al río por el lado mexicano, ya que por el lado estadounidense el acceso está bloqueado por las cercas de los ranchos que dan al río. En esta parte del trayecto, Bowden y su acompañante no logran apreciar la majestuosidad del río, pero sí experimentan encuentros cercanos con los habitantes de la frontera en ambos lados. En este segmento, conocen a personajes singulares, la mayoría de ellos sorprendidos por la aventura que emprenden los dos viajeros, otros, incrédulos de su valentía, o estupidez. Todos, los juzgan de locos. Durante este tramo, los mexicanos causan, casi siempre, una buena impresión.

La aventura continúa. Bowden se despide de su primer compañero de viaje en Presidio y continúa solo, esta vez recorre el río en canoa. Zarpa en Presidio y durante la travesía visualiza majestuosos cañones, rápidos peligrosos y maravillosos paisajes que forman parte del territorio del parque nacional Big Bend. A lo largo de este trayecto, el daño que el hombre ha causado se manifiesta en la debilidad de la corriente, en la flora invasora que ocupa el lugar y consume los minerales y nutrientes de las plantas autóctonas. Sin embargo, también vive encuentros con personas cuyas ocupaciones parecen sospechosas.

Se reúne con un segundo compañero de viaje en La Linda, Coahuila, el pueblo minero de Dow Chemicals Company, ahora abandonado. Aquí cambian la canoa por una balsa y emprenden el siguiente trayecto de la aventura, el que los llevará hasta Ciudad Acuña, México. Este tramo, conocido en inglés como The Lower Canyons, recorre hermosos cañones y peligrosos rápidos. Para llegar a Acuña, se enfrentan a las inclemencias del tiempo y a la furia de la presa Amistad. Sufren muchos problemas debido a la magnitud de este cuerpo de agua y al tipo de embarcación en el que viajan. Sin cañones a los lados que los resguarden de los vientos de invierno, se ven obligados a aceptar la ayuda de un par de pescadores norteamericanos que los remolcan hasta la orilla.

Una vez pasada Ciudad Acuña, el autor se encuentra cerca de la segunda mitad del camino. El río que está a punto de recorrer es diferente al que acaba de dejar atrás. Los profundos y majestuosos cañones se trocarán por la luz y el bullicio de las ciudades que flanquean el río desde este punto hasta llegar al mar. Aunque ya no corre los peligros que presentaban los rápidos y la falta de los servicios de emergencia, el autor encuentra otra clase de riesgos: traficantes de indocumentados o coyotes, contrabandistas, agentes de la Patrulla Fronteriza con actitudes amenazantes, pescadores escépticos y ribereños poco amigables. Los sitios para acampar ya no presentan como amenaza única los animales salvajes, sino que ahora Bowden también ha de cuidarse de los pobladores. Las numerosas represas, muchas veces imprevistas, también representan un peligro para el viajero. Por otro lado, durante este segmento, también tiene encuentros amables con turistas que frecuentan el río en el invierno para el avistamiento de aves, con granjeros que lo ven pasar incrédulos, e incluso con científicos que realizan investigaciones y trabajos de campo en el río.

Durante los últimos cien kilómetros del viaje, Bowden se ve acompañado por un amigo periodista que lo ayuda a remar en la parte más lenta del río. Conforme la corriente se acerca al mar, ésta se detiene y cede a la fuerza de las olas. En este tramo, Bowden revela sus pensamientos más íntimos sobre su viaje: para él, el río es perfecto, es donde él se siente que pertenece. Dentro de una canoa, con México de un lado y Texas del otro, este es el lugar donde él quiere permanecer. Su deseo es que el río nunca se termine para que él siempre pueda continuar flotando sobre el agua, acampando en sus orillas, pescando en su caudal, viviendo al aire libre, todo con un solo propósito.

La metodología

Para esta tesis se eligieron tres capítulos del libro *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande* de Keith Bowden. Los capítulos se seleccionaron debido a su contenido narrativo y a la cantidad y tipo de retos traductológicos que contienen. En ellos existen diferentes tipos de dificultades que enriquecen el análisis de traducción: desde frases autorreferenciales, diálogo en dos idiomas y ejemplos de la alternancia de código, hasta el uso de refranes y frases idiomáticas. Las historias que cuentan estos capítulos también contribuyeron a ser incluidas en la selección. Se buscó que las experiencias que se narran dentro de esta selección representaran una variedad, lo bueno y lo malo, lo majestuoso y lo sucio, los encuentros amables y los no tan amistosos.

Una vez decidida la extensión del texto origen (TO), se avanzó al siguiente paso del proceso: crear una estrategia de traducción. En el libro *Thinking Spanish Translation: A Course in Translation Method: Spanish to English* (Haywood, et al, 2009, pp. 47-60), los autores plantean el proceso para lograr una traducción fructífera. Lo primero es definir a qué

género pertenece el TO y cuál es su propósito dentro de la cultura en la que fue producido. Los autores ofrecen cinco categorías en las que se pueden clasificar los géneros escritos. Estas categorías no se excluyen mutuamente y es muy común que un texto pueda tener característica de más de una categoría, a esto se le llama texto híbrido. El TO de esta tesis es un texto híbrido: sigue un estilo literario, pero el contenido se puede categorizar como texto descriptivo o empírico. Es un texto que combina la crónica con la literatura de viaje y también incluye un poco de guía de aventura. Los textos híbridos cumplen un doble propósito para el lector: ofrecen entretenimiento literario junto con la descripción empírica. Al tener identificado el género, el traductor se propone metas claras de lo que debe alcanzar con la traducción, así como anticipa las herramientas de consulta que necesitará para el proceso, ya sean diccionarios especiales, textos paralelos, material adicional, consultas con expertos, etcétera. Otra de las razones por las que es necesario definir el género del TO es porque esto ayudará a definir el grado de sentido literal o connotativo que carga el texto y si la traducción debe ser más literal o apegada al TO o más idiomática o libre. En este caso, al tratarse de una historia real con muchas descripciones y con narración de eventos ocurridos, podría describirse como una traducción fiel. Sin embargo, al tratarse de un texto literario no debe dejarse de lado el aspecto estético que pide un acercamiento más libre a la traducción y también deben tenerse en cuenta tanto las connotaciones como el lenguaje figurado, la metáfora y la metonimia, además de la intertextualidad.

Una vez establecido el género literario del TO, y considerando los recursos y materiales que serían necesarios para realizar la traducción, se dio inicio a ésta. Durante el curso de la traducción se encontraron varios retos lingüísticos, principalmente de carácter léxico. Una de las dificultades encontradas fueron los nombres de los lugares geográficos a lo

largo del río, es decir, el léxico toponímico. Algunos de los cañones y varias de las regiones que se describen en el libro no cuentan con un nombre en español. Se hizo una extensa investigación sobre el nombre de estos lugares, refiriéndonos a la base de datos del Mapa Digital de México del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), que no arrojó resultados satisfactorios. Frente a la falta de literatura sobre la navegación del río Bravo, y dada la alta posibilidad de que no existan nombres de estos topónimos en español, se decidió dejar los nombres en inglés. Este reto lingüístico y otros se describen con más detalles junto con la manera en la que se resolvieron en el capítulo final que contiene el análisis de la traducción.

El léxico especializado de flora y fauna representó otro reto para la traducción. Puesto que muchas de las especies son autóctonas o características de la región fronteriza, fue necesario consultar textos científicos y glosarios especializados en biodiversidad. El lenguaje náutico significó otro punto que dificultó la traducción. Para lograr transmitir al lector el verdadero sentido de la intensidad de los rápidos y las descripciones correctas de los movimientos dentro de la canoa y la balsa, se consultaron diccionarios y glosarios especializados en náutica en ambos idiomas, así como varios glosarios inglés-español disponibles en línea. Adicionalmente, se consultaron diccionarios bilingües, diccionarios monolingües generales en ambos idiomas, y manuales de estilo. Se realizaron consultas virtuales sobre la realidad a lo largo del río y los sitios que arrojaron mayores resultados fueron de conservación ambiental y las guías de aventura, sobre todo en el área del parque nacional Big Bend.

De manera paralela, se contactó al autor de la obra y se realizó una extensa entrevista. En ésta, se investigaron los motivos alrededor de la creación de la obra. Se conoció un poco

más de la vida del autor y se logró entrever su procedencia, a fin de entender más a fondo la inspiración del libro, su propósito original, la intención y el significado que relatar sus aventuras tenía para el autor. De esta manera se logró entender mejor el texto y plasmar de la forma más acertada el espíritu y contenido del texto origen en la traducción final.

TRADUCCIÓN – FRAGMENTO 1

Río Enojado

Del 26 al 28 de diciembre

He observado, con una mezcla de incomprensión y algo de repugnancia, a ciertos amigos que, después de realizar viajes prolongados a regiones campestres alejadas, regresan felices a las comodidades de la civilización. Su rutina es predecible: largas duchas que desperdician el agua; comida excesiva; largas llamadas telefónicas con seres queridos a quienes, en algunos casos, verán más tarde ese mismo día; compras compulsivas; sesiones interminables frente al espejo; y un eterno, casi hipnotizante, interés en la televisión.

Tony me ahorró todo eso. Estábamos de acuerdo que, si las comodidades de la civilización hubieran sido tan atractivas, no nos habríamos divertido tanto lejos de ellas. Sentí agradecimiento cuando, al entrar al cuarto del único motel de Presidio, Tony no prendió la televisión.

Nunca me ha gustado llegar al fin de un viaje y a menudo comienzo a extrañar la expedición antes de que ésta llegue a su conclusión, así es que fue reconfortante saber que, a pesar de estar en la última etapa de nuestro viaje en bicicleta, el largo recorrido al golfo de México apenas había comenzado. Tenía meses de aventura por delante. Esta inmersión transitoria en la civilización sería misericordiosamente corta. En menos de veinte horas estaría de vuelta en el río. Y, con la obligación de lavar ropa, hacer las compras para el siguiente segmento del viaje, comer, bañarme, escribir un reporte sobre el río y dormir en una cama por última vez hasta febrero, no tuve tiempo de hartarme de la civilización.

Mi amigo Louis Aulbach, autor de tres guías sobre el río Bravo, había sugerido que le enviara cartas desde distintos puntos durante el viaje, que publicaría en su página web. Las misivas tendrían un doble propósito: los amantes del río podrían conocer los tramos inexplorados por los que nadie circulaba y mi familia y amigos estarían al tanto y sabrían que había completado segmento tras segmento sin ningún percance. Pasé horas sentado fuera del cuarto del motel escribiendo el primer reporte para enviárselo a Louis la mañana siguiente.

En Presidio, la noticia sobre el tsunami ocurrido esa semana en Indonesia se repetía en todos los canales de televisión y estaciones de radio. Intenté evitar ver las imágenes espantosas que se transmitían en todas partes. Cuando Tony me dejó en la orilla del río en Presidio, estaba yo ansioso de alejarme de los medios, de los automóviles y del bullicio del mundo cotidiano. Solo se necesita estar una semana lejos de la civilización para darse cuenta de que los humanos generamos más ruido que el resto del mundo natural junto.



Aunque había sido el río lo que me trajo hasta Presidio, resultó ser también el tema más difícil de investigar. Tony y yo preguntamos a muchas personas sobre un lugar conveniente para lanzar mi canoa al agua, pero nadie nos sabía decir. Pocos habitantes de Presidio habían caminado hasta la orilla del río. Frustrados, nos dirigimos a Fort Leaton, un fuerte de adobe construido por un poblador anglosajón después de la guerra entre Estados Unidos y México, y que había sido restaurado. Allí, un guía nos dirigió hacia un acceso al este del límite de Presidio, un kilómetro río abajo más allá del puente a Ojinaga.

La ciudad fronteriza de Ojinaga se autodenomina “la perla del desierto”, aunque resulta bastante irónico adjudicar a este pueblo árido cualquier nombre relacionado con el mar. El promedio de precipitación anual es de menos de treinta centímetros y, de abril a

octubre, Ojinaga se cuece en el desierto bajo un sol infernal, con temperaturas que se elevan a más de 45 grados durante el verano. La ciudad de treinta mil habitantes es conocida por su mala fama como ruta de contrabando de drogas. Su residente más famoso fue Pablo Acosta, un capo que durante los años ochenta cruzaba sesenta toneladas de cocaína colombiana al mes por Ojinaga. La industria de las maquiladoras, común en muchas ciudades fronterizas, aquí no existe. Una ciudad polvorienta sentada en un cerro con vista al río Bravo y al río Conchos, Ojinaga se autoproclama la ciudad fronteriza más parecida al interior de México. Los habitantes del estado de Chihuahua se ríen de tal declaración. Me dijo un amigo de la capital: “Ojinaga se parece más al interior del infierno que al interior de México. Es caliente, polvorienta y sombría”.

El río Conchos, tributario principal del río Bravo, desemboca en el río justo antes de Ojinaga y en su cauce extrae gran parte del agua del inmenso estado de Chihuahua. Sin embargo, la sequía de las montañas mexicanas, aunada a la alta demanda de agua causada por la expansión agrícola y poblacional de Chihuahua, ha contribuido a la reducción drástica de la corriente del Conchos, y, en ese día, apenas era el doble del río Bravo, convirtiendo un pequeño riachuelo en uno más grande.

El nombre del río Bravo es a menudo mal traducido al inglés como “brave river”, es decir, “río valiente” (*brave*, en inglés, denota valentía). En México, el término “bravo” sugiere más “enojo” que valentía. Aun así, llamarlo “río valiente” resulta más adecuado que el nombre con el que se le conoce en Estados Unidos: Rio Grande. A excepción de cuando se trata de una creciente o de inundación, no se puede decir que ningún tramo del río que forma la frontera entre Texas y México sea ni siquiera moderadamente grande. Valiente, sin embargo, sí lo es. Si tomamos en cuenta el abuso sistemático que el hombre ha propinado a

esta vía fluvial —la contaminación, el riego excesivo, la escorrentía agrícola y la importación del tamarisco o cedro salino— el hecho de que el río se mantenga tan impecable como lo está, es un milagro de la naturaleza. El nombre que se le da en México al río Bravo parece haber presagiado, sin querer, lo que el río debe sentir sobre su maltrato siglos después.



A partir del lanzamiento de mi canoa logré ser testigo del efecto del hombre en el río. Una presa que se encuentra a unos quince kilómetros de distancia detiene el flujo de la corriente por kilómetros a lo largo de un tramo fluvial. Un elaborado sistema de diques ha sido dragado hasta la zona de inundación en la orilla estadounidense, obstruyendo cualquier vista a Presidio desde el río; en el lado mexicano, la gente había dejado todo tipo de basura a lo largo de la orilla: llantas, partes de automóviles y tractores, alambrado y basura doméstica. De haber pensado que la vista ribereña continuaría de esta manera, no hubiera permitido que Tony se fuera sin mí. Me costaba mucho psicológicamente acostumbrarme a su ausencia. Aunque me considero una persona solitaria que se siente más cómoda navegando el río, de inmediato lo extrañé a él y a su alegre compañía.

A pesar de la presencia de basura en la ribera, me sentí aliviado de estar flotando a bordo de mi canoa roja de cinco metros y me adapté al ritmo de la naturaleza: silencioso a excepción del suave salpicar del remo al partir el agua. Comencé a reflexionar sobre los cientos de medios de transporte que el hombre había inventado desde que los indios dieron a conocer la canoa por primera vez, y concluí que ninguno alcanzaba su nivel de perfección. Silenciosa, elegante y funcional, la canoa ofrece el acceso ideal a la naturaleza. Sorteé vuelta tras vuelta, agradecido de ir dejando atrás el ruidoso mundo de Presidio y Ojinaga. De pronto, apareció una garza azul en la orilla a unos cien metros de mí. Me observó hasta que

estuve a treinta metros de ella, para luego elevarse con largos aleteos majestuosos y aterrizar de nuevo a doscientos metros río abajo, solo para volverlo a hacer cuando me acerqué otra vez. Jugamos este juego de relevos hasta que ya no podía escuchar rastro alguno de Presidio u Ojinaga.

Al caer la tarde, alcancé un dique sumergido —un tipo de presa que reduce o desvía el flujo del agua sin bloquearlo— llamado El Mulato y comencé a portear la canoa por el lado mexicano, a la vista de un pueblo de adobe posado en una colina arenosa. Un camino desnivelado paralelo al canal de desagüe llegaba hasta donde el río se reducía otra vez después de la presa. Me dedicué a desplazar mi equipo desde arriba de la presa hasta la orilla del río abajo, cada vuelta de unos cien metros de distancia.

Cuando iba a mitad del proceso escuché un vehículo. Volteé hacia arriba y vi a tres mujeres mexicanas muy bien vestidas y a un muchacho adolescente que me estaban observando. Una de las mujeres se acercó sin miedo hacia mí.

—Trae usted muchas cosas —me dijo— ¿Por qué tantas?

Por primera vez se me ocurrió que tal vez el montón de cajas impermeables, bolsas resistentes al agua y equipo para acampar le pudiera parecer excesivo a cualquiera que no supiera nada sobre la navegación fluvial. Podría parecer que me dedicaba al contrabando. Tal vez mi prisa por trasladar el equipo hasta el otro lado de la presa aumentaba esta sospecha. Además, rara vez se exploraba en canoas, kayaks o balsas este segmento del río más allá de Presidio. Era probable que esta mujer nunca había visto a un navegante portear su canoa hasta el otro lado de la presa.

—Llevo tantas cosas porque tengo un largo camino por delante. Hasta el golfo de México.

—¿Quiere decir que va hasta el mar? —dijo, frunciendo el ceño.

—Esa es la idea —contesté—, aunque si llego o no, es otra cosa.

Sonreí y me volteé para acarrear más equipo a la orilla del río. Ella se quedó atrás, caminando cerca de mi canoa, esperando mi regreso. Cuando inicié mi vuelta, las otras dos mujeres se dirigieron tranquilamente hacia mi piragua. Cuando llegamos todos allí, la primera mujer les contó con escepticismo a sus amigas:

—Dice que va hasta el mar.

—¿Tan lejos? ¿Duerme en la canoa o viaja toda la noche? —preguntó una de ellas.

—Acampo en la orilla durante la noche. Es demasiado peligroso navegar en la oscuridad.

Pensé que se quedarían hasta que acabara de portear todo mi equipo y me embarcara en la canoa, pero cuando regresé por el siguiente cargamento de mi equipaje, ya iban hacia su camioneta. Al parecer, tenían gente más interesante que visitar.

El sol estaba a punto de ponerse, entonces me apresuré a buscar un lugar para acampar río abajo. Dos kilómetros más allá, encontré una isla sin vegetación que serviría a la perfección, su único defecto era la falta de leña para la fogata. Descargué mi equipo y, cargando solo mi sierra de arco, remé hasta la orilla mexicana para cortar ramas de mezquite. Aunque abundaban los árboles, no encontré muchas ramas secas para recoger. Continué hasta que tenía apenas suficiente claridad para regresar al campamento. A la luz de la fogata, abrí una Tecate y escuché los sonidos de la noche en el desierto: el gorgotear del río, el chillido de los murciélagos, el crujir del fuego.

Cuando acampo en una isla, no temo la visita de intrusos, y mi mayor preocupación es que suba el río, sobre todo en verano, no tanto en invierno. Durante los tiempos de lluvia

en el verano, con los llamados monzones, no me arriesgaría a acampar en una isla, ya que el río puede crecer en cuestión de minutos. En cambio, durante el invierno, la estación seca, las inundaciones son poco comunes. Con cielos claros y estrellados hasta donde llegaba la vista, me sentí en paz. Había pensado que la primera noche de acampar sin la compañía de Tony sería difícil. Sin embargo, me sentí liberado de la necesidad de conversar, de la responsabilidad de contestar preguntas y de las exigencias que conlleva el compartir un itinerario. A través de la oscuridad, escuché el aullido de un coyote. Era obvio que el animal no estaba disfrutando su soledad de manera silenciosa como yo.



La mañana siguiente, pasé el pequeño pueblo de Redford, Texas, sin siquiera darme cuenta de su presencia. Este lugar salió en las portadas de todo el país a finales de la década de los noventa, cuando el Gobierno estadounidense de manera desesperada, tomó medidas para poner freno a la implacable ola de inmigración ilegal y permitió que el ejército americano vigilara ciertas secciones de la frontera que no contaba con personal suficiente de la Patrulla Fronteriza. Llegó una de dichas patrullas militares a Redford, y no muchas semanas después de arribar, un soldado demasiado entusiasta mató a disparos a un joven de 18 años, ciudadano estadounidense, que pastoreaba el rebaño familiar en los arbustos espinosos a la orilla del río. A pesar de que los furiosos residentes refutaban el testimonio de los soldados presentes cuando ocurrió el homicidio, uno de ellos declaró que la víctima intentó huir cuando se le ordenó que se detuviera. Mataron al adolescente por desacato a las órdenes. Al parecer, los soldados no tenían ningún motivo para creer que el joven huía por otra razón más que por miedo. No sospechaban que el joven estuviera involucrado en el

contrabando de drogas. Poco después del incidente, el ejército abandonó por completo el patrullaje de la frontera.

Unos cuantos kilómetros después de Redford comprobé de cerca una de las razones por las que el Gobierno estadounidense decidió utilizar al ejército para vigilar la frontera. Cuando me acercaba al pueblo mexicano El Mulato, vi una triste serie de casas que habían sido construidas con bloques de cemento y posaban en un acantilado que se alzaba a unos quince metros sobre el cauce del río. Desde arriba, un señor mayor me llamó y me invitó a que subiera el empinado camino que llevaba hasta el pueblo. La senda estaba sucia, llena de latas de aluminio y botellas de cerveza rotas. Al parecer, los habitantes se deshacían de la basura arrojándola por el acantilado hacia el río.

Ricardo Sáenz me pareció un hombre simpático. Con una manguera estaba limpiando una pocilga en un terreno polvoriento detrás de su casa cuando me contó que había pasado la mayor parte de su vida adulta trabajando en los ranchos a la orilla del río en la región oeste de Texas, o en pueblos en las planicies al noroeste del estado. A pesar de haber vivido treinta y cinco años en Texas, Ricardo no había aprendido mucho inglés. Mientras rociaba con agua a un desdichado lechón, admitió con orgullo que tenía 53 años y era padre de siete hijos, entre dos y treinta años de edad, cuatro de los cuales vivían en Estados Unidos. A Ricardo parecía interesarle poco mi viaje y no tenía ni la mínima idea dónde quedaba el golfo de México. Su cara hinchada revelaba que le gustaba tomar y me contuve de advertirle que no rompiera las botellas de cerveza en el camino que bajaba al río, sobre todo cuando su hijo menor salió descalzo unos minutos después. Le pregunté a Ricardo si podía tomarle una fotografía y me llevó al frente de su casa para hacerlo. Al dar la vuelta a la esquina, vi a una

atractiva pareja que salía de la casa vecina. Se subieron a una camioneta Ford último modelo con placas de Texas. No respondieron a mi saludo.

La esposa de Ricardo salió de la casa y cuando apareció, Ricardo parecía estar molesto. Ella le hizo una pregunta sobre la comida y Ricardo la despachó bruscamente; pero ella parecía estar acostumbrada a este tipo de trato. Cuando Ricardo posó para la foto, le pedí que incluyéramos a su esposa. Ella se le acercó con ánimo, pero él le ordenó que se quedara más atrás. Me incomodó presenciar tal mal trato y decidí marcharme. En ese momento, un joven de apariencia hostil salió de la casa enfrente a la de Ricardo y se me acercó con actitud desafiante. Parecía tener unos veintitantos años y sin detenerse por un momento, me rozó el hombro al pasar, y preguntó en un inglés sin acento “What’s happening, man?”

Le agradecí a Ricardo su hospitalidad, aunque no se había molestado en ofrecerme siquiera un vaso de agua, y me pregunté por qué me había invitado a subir. Cuando llegamos a la senda que desciende hacia el río le estreché la mano para despedirme, pero en cuanto comencé a bajar me llamó: “Hey, amigo”. Volteé y vi que inhalaba de manera exagerada, haciendo sonidos fuertes y con los dedos cerca de la nariz. Lo observé, sin entender qué me quería decir.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Coca. ¿Quieres comprar coca? —me respondió.

—No me interesa.

—Vamos, amigo. Es muy buena, la más pura. Nunca vas a encontrar nada así de bueno del otro lado.

Me quedé parado incrédulo ante su patética estrategia de venta. Su hijo de dos años estaba apenas a unos diez metros de él; y el de nueve años a unos doce en dirección opuesta.

Me sentí vulnerable. Un hombre que trafica drogas en presencia de sus hijos no es un hombre de fiar, y mi visita a El Mulato, por corta que había sido, resultó ser absolutamente inquietante. Incluso a varias vueltas río abajo, me entró paranoia ¿Qué podía detener a esa gente infeliz de asaltarme a mano armada y apuntarme una pistola en cualquier tramo del río?

Remé enérgicamente, intentando avanzar el mayor número de kilómetros posible para dejar atrás aquel inquietante poblado. Cuando creí estar lejos de su alcance, me detuve en una playa en el lado de Texas y abrí una Tecate. Mi actitud mejoró al instante y solté una carcajada cuando me di cuenta de que había permitido que me afectara la experiencia. Un tipo inútil me ofreció cocaína, ¿y qué? ¿Qué importaba?

Algunas curvas más allá, escuché el rumor que delataba la proximidad de un rápido. Sabía que me estaba acercando al rápido que los mexicanos llaman “La Boquita” porque antes de llegar a El Mulato, un hombre a caballo me advirtió de sus peligros. Me acerqué a la orilla para explorar la caída desde la orilla mexicana. Era una caída relativamente recta, donde el río se iba haciendo más estrecho conforme el agua bajaba hasta un lecho de rocas apenas sumergido que originaba de un arroyo mexicano. Decidí alinear mi canoa y caminar por la orilla en lugar de navegar el rápido.

Alinear la canoa implica jalarla por cuerda a través del rápido, sin exponerla, o exponerse uno mismo, a los peligros del río. Sin embargo, se corren otros peligros, ya que se puede desbaratar o perder la embarcación. La idea es guiar la canoa de la misma forma que se guía a una mascota cuando se sale a caminar. Otro de los potenciales problemas es que la corriente del agua jale la canoa bruscamente hacia lo más profundo mientras uno trata de alinearla con cuidado a su propio ritmo. El río intentará alejar la parte que no esté sujeta más allá de la orilla y uno tiene que evitar que suceda. El proceso de alinear puede resultar

muy difícil para dos personas, cuando cada una sostiene un extremo de la cuerda atada a la canoa. Pero es aún más complicado para uno solo.

Mientras inspeccionaba la caída, me di cuenta de algo más. No era yo un experto canoero. Casi toda mi experiencia sobre el río provenía de navegar en balsas. He comprado varias balsas inflables desde que me tomé en serio la navegación un par de años tras la muerte de mi hija. A pesar de haber emprendido una veintena de viajes en canoa en los últimos veinticinco años, todos, menos uno, los hice acompañado de algún amigo. Cuando alineábamos, lo hacíamos juntos. Cuando corríamos los rápidos, teníamos dos pares de remos. En cuanto a navegar solo, tengo la misma experiencia que cualquier otra persona: numerosos viajes sobre numerosos ríos, pero todos, menos uno, en balsa.

Total, no era un canoero experto, ni siquiera era un canoero bueno. Durante el único viaje que había realizado solo, pasé cinco días recorriendo ciento treinta kilómetros en la región de los cañones, a unos trescientos kilómetros río abajo de dónde me encontraba ahora. En aquel viaje, en cuanto entraba a un rápido, mi experiencia de navegante de balsa dictaba mis movimientos y me llevó a repetir varias veces los mismos errores. Una tras otra aterradora vez me encontré volteando la canoa de lado, cuando mi intención era enderezarla con la corriente. Había pasado más de mil días navegando en balsa y las destrezas que adquirí recorriendo aguas bravas se acercaban a la categoría de experto, pero me ponían en peligro cuando se trataba de caídas simples en canoa.

Con mucho cuidado alineé mi canoa para atravesar la caída de La Boquita. Estoy seguro de que un canoero experto se preguntaría por qué me tomó tanto tiempo. En la distancia, podía ver una formación que se asemejaba a un hermoso tazón de piedra arenisca que se alzaba más de treinta metros sobre el río y se abría hacia el lado estadounidense. Tenía

una piedra plana que sobresalía desde la pared del tazón hasta la orilla del río y parecía ser un sitio perfecto para acampar esa noche. Sin embargo, conforme el río daba la vuelta, se manifestó otra caída de clase II que tuve que negociar sin poder verla antes. Aunque la navegación no fue convencional, logré esquivar hasta la última roca. El río seguía su curvatura y momentos después entré en otra caída, otra vez a ciegas. Le pasé de lado a una roca que vi demasiado tarde y muy apenas evité volcar la canoa.

Por mi cuerpo corría adrenalina mientras remaba a la orilla, justo a tiempo para embarrancar en un extremo de esa piedra plana que servía de piso para esta espectacular formación de piedra arenisca. Por lo regular, hubiera explorado el campamento antes de descargar el equipo, pero en esta ocasión aventé todo a la seguridad de la piedra y abrí una cerveza. Aquel dicho deportivo “más vale tener suerte que talento” me pasó por la cabeza. El campamento ofrecía uno de los paisajes más hermosos que jamás había visto y ahora era mi campamento privado. Justo en lo alto, por encima de donde estaba mi canoa, en la base de donde el tazón hacía una curva y volvía a la orilla del río, se encontraban dos pilares enormes que se alzaban casi tambaleando por encima de la roca. En ese momento, quedó clara la razón por la que los mexicanos llaman este maravilloso semicírculo del río La Boquita. El tazón formaba una boca y los dos pilares eran sus dientes.

Contemplé con asombro mi alrededor durante varios minutos cuando escuché a alguien silbando de cerca. Segundos más tarde apareció un hombre mexicano cabalgando en las aguas del río, cerca de la orilla mexicana, con la intención de rodear un sitio donde el cañón se alzaba recto desde el río. Su tonadita me resultó vagamente conocida, y escuché con atención, con la esperanza de reconocerla y sorprender al hombre al cantar un verso. Antes de que pudiera precisar la canción, me vio y lo saludé.

—Buenas tardes —le dije.

—Buenas —me respondió— *¿Watcha vacas?*

—*¿Mande?*

—*Watcha vacas* —me dijo, señalando sus ojos con los dedos para ayudarme a entenderlo.

—*¿Si he visto vacas?*

—No sé a dónde se fueron. Parece que ya no me quieren —Asintió sonriendo.

Me dio pesar que la escasa luz del día lo obligara a regresar a caballo río arriba, hasta el arroyo que desembocaba donde se encuentra el primer rápido. Este inocente encuentro al final del día me reconfortó después de la desagradable experiencia en El Mulato. Recostado sobre la piedra me dejé llevar en un sueño profundo, lleno de imágenes placenteras y paisajes poéticos que solo el subconsciente puede invocar.

TRADUCCIÓN – FRAGMENTO 2

El despoblado

Del 5 al 8 de enero

Al navegar la última curva del río antes de entrar a La Linda me sentí lleno de entusiasmo. Para empezar, sabía que mi amigo Hayesy me esperaba más allá del puente International La Linda, también conocido como Gersacker Bridge o Hallie Stillwell Memorial Bridge, tramo de concreto ahora bloqueado que alguna vez conectó el pueblo minero abandonado con el camino pavimentado del lado americano. Era mi compañero de río favorito y sabía que el viaje sería más alegre durante las siguientes semanas. Hayesy es un divertido amigo católico-irlandés, —con mucho más énfasis en lo irlandés que en lo católico— cuya capacidad de hacer tonterías y pasar buenos ratos era comparable a la mía. Una cosa tenía segura: no importaba que tan desfavorables las condiciones —ya fuera clima gélido, incesantes vientos en contra, lluvia helada o tormentas de arena— Hayesy y yo encontraríamos la manera de pensar que estábamos pasándola súper. Si la situación pedía una prolongada lucha en contra de los elementos o un ataque a nuestro suministro de cervezas, él siempre estaba preparado. Hayesy es el tipo de persona que nunca se echa para atrás y que quieres tener a tu lado para cualquier empresa. Es mitad guerrero de batalla y mitad el alma de la fiesta. Además, Hayesy vendría preparado con suministros para tres semanas que incluían lujos tales como bistecs, fruta fresca y Tecate.

Mi ilusión por ver a Hayesy se vio momentáneamente eclipsada por mi emoción ante la posibilidad de visitar a Andy Kurie, el geólogo jubilado dueño de Heath Canyon Ranch. Para mí, Andy es una figura paternal, un mentor en lo que concierne a los secretos del desierto de Chihuahua. Gran parte de su vida la había pasado allí, trabajando en las minas

mexicanas para Dow Chemical y Dupont. Una vez jubilado, adquirió los edificios de alojamiento para visitantes que la compañía mantenía en el lado estadounidense y desde hace diez años funge como gerente de la casa de huéspedes. A excepción de algunas visitas de miembros de su familia, Andy vive solo en la casa principal, que se encuentra a unos treinta metros del río en dirección vertical, un poco más allá del puente.

Andy se describe como “un viejo ermitaño”, y es un hombre que ha vivido tanto tiempo en lugares remotos que —como los hombres de montaña del viejo oeste— se siente abrumado cuando tiene que ir al pueblo a comprar algo o a pasar una velada con su esposa. Hace siete u ocho años le diagnosticaron un cáncer de próstata y se vio forzado a pasar varios meses en Houston dónde recibió tratamiento. “No sé qué fue peor, la condenada quimioterapia o la maldita ciudad”, comentaba al regresar.

En otra ocasión, Andy me contó que una vez vio una crecida del río que corría por debajo del puente cerca de su casa. De repente, una casa entera vino flotando río abajo y, mientras pasaba, él divisó a un hombre sentado tranquilamente sobre el techo. Andy lo llamó y le ofreció ayuda, pero el hombre le dijo que prefería quedarse con su casa hasta el final. “Te apuesto que estaba aterrado de tener que mudarse al pueblo”, decía mi amigo.

Cuando yo jugaba béisbol para el equipo minero, mis compañeros de equipo llamaban a Andy “el gringo amable”, pero yo no lo conocí hasta que compró el rancho de la compañía tras cerrarse la mina. Cuando por fin lo conocí, sentí que estaba ante una leyenda viva, un hombre que conocía los lugares más remotos de México al sur del Big Bend mejor que nadie. Si se le pregunta a cualquier mexicano en la región de La Linda por Andy, seguro que la respuesta es una sonrisa y un “es buena gente”.

Llegué al caminito que conduce del río a la casa de Andy. Ésta se encuentra a unos

doscientos metros río abajo más allá del puente de La Linda. Arribé alrededor de mediodía el decimoctavo día de navegación en el río. Allá lejos, sobre la colina, apenas podía distinguir las figuras de Hayes y Fred, el velador del rancho, sentadas bajo el sol brillante junto a un tráiler. Hice señales exageradas agitando mi remo en el aire y después cargué todo mi equipo y la canoa por la empinada orilla hasta la playa del río. Unos minutos después de haber subido todo, llegó un grupo canadiense de Edmonton, y les ayudé a vaciar sus seis canoas. Formamos una especie de cadena humana para llevar los montones de piezas de equipo desde la orilla del río hasta la playa. Durante este ajetreo, Andy llegó en su camioneta y nos dimos un fuerte abrazo. Hayes apareció unos momentos después. Dejamos a Hayes en la orilla con los canadienses mientras yo acompañaba a Andy a su casa, donde charlamos y aproveché la oportunidad para lavar ropa y usar su computadora para mandar otro reporte del viaje a Louis en Houston.

—¿Cómo van las cosas por acá? —le pregunté a Andy mientras él manejaba hacia su casa.

—Como siempre. Han ocurrido todo tipo de cosas en el río, casi siempre de noche. Ya sabes. Sigo con esperanza de que se abra el puente pronto y que pongan una aduana para vigilar la situación.

—¿Qué tan probable es eso?

—Bastante probable, espero. Esta condenada vejez me impide seguir cuidando yo solo este rincón del mundo. Tengo a Fred que me ayuda, no sé cómo me las arreglaría sin él. Los mexicanos cruzan todo tipo de contrabando. Y quién sabe qué tipo de ayuda tengan en este lado de la frontera.

Al día siguiente, Hayes y yo cargamos las dos balsas con el equipo para el siguiente segmento del viaje que nos llevaría hasta Langtry, Texas.

—¿Sabes lo que me gusta de este viaje? —dijo Hayes mientras estábamos de pie mirando las balsas ya cargadas— No solo tuve la oportunidad de ver a Andy al comienzo de nuestro viaje, sino que también lo veré de nuevo cuando regresemos por la canoa.

—Es una persona extraordinaria —respondí.

—El mejor.



La región de los cañones del río Bravo se extiende desde La Linda, Coahuila, hasta Langtry, Texas. Es un tramo de doscientos kilómetros a lo largo del río y en ambos lados la suma de la población que allí habita es cero. Es casi seguro que en cualquier época del año se puede recorrer esta sección sin ver a nadie. Este estrecho del río es tan remoto, que ni los inmigrantes indocumentados cruzan la frontera por aquí. Dos equipos de cartógrafos norteamericanos abandonaron la misión de explorar y realizar mapas de la región. El área de los cañones inferiores permaneció como la región más extensa de los Estados Unidos sin explorar, aún más de tres décadas después de que John Wesley Powell bajara por el Gran Cañón del Colorado. Pero las historias sobre los cañones y los rápidos de esta área empezaron a esparcirse. Muchos creían que los cañones tenían una profundidad de más de dos mil metros, y se propagaron las historias de bandidos y rápidos peligrosos que devoraban los botes.

En 1899, un equipo del Servicio Geológico de los Estados Unidos bajo el mando de Robert Hill, por fin trazó el mapa completo de la región. Hill consiguió la ayuda de James McMahan, un trampero que conocía bien el río y fue su barquero. Cuando la expedición de

Hill reportó que los cañones solo tenían una profundidad de seiscientos metros, se esfumó el interés en esta recóndita región. El área de los cañones se olvidó hasta muchos años después cuando la navegación en aguas rápidas se hizo popular durante la década de los setenta.



Después de haber navegado diez días seguidos en canoa, noté que la balsa sobrecargada era tan difícil de maniobrar como una barcaza. En la canoa, cada remada empujaba a la embarcación a través de la corriente; en la balsa, los impulsos tenían poco efecto. En la canoa avanzaba yo a un ritmo de seis a ocho kilómetros por hora; en las balsas, Hayes y yo recorrimos exactamente ocho kilómetros en la primera tarde. Esa noche acampamos en un verde pasto sobre un llano de inundación donde el río se endereza, debajo de un pilar que se eleva en el lado texano. Era un lugar de campamento que yo utilizaba a menudo por su fácil acceso, sus reservas de mezquite y la hermosa vista que ofrecía. Río abajo, la angosta abertura del cañón Temple se traga el agua del río y sus paredes gemelas se elevan casi doscientos metros sobre el río. Si lográramos no hacer ruido en el campamento, este sitio ofrecería la oportunidad perfecta de observar la fauna del lugar. En mis viajes anteriores en ocasión había distinguido manadas de jabalinas corriendo por la playa y observado a gatos monteses que vivían entre los mezquites justo en la otra orilla del río.

Pasamos una noche amena en nuestro campamento; bebimos Tecate y asamos bistecs en la fogata de leña de mezquite. Sin embargo, el sentimiento cambió drásticamente la mañana siguiente, cuando subimos nuestro equipaje en las balsas. Escuché el inconfundible sonido de voces entre los mezquites justo en lo alto, al otro lado del río. Un momento después, vi dos cabezas y lancé un amable saludo en español. De repente, diez o doce hombres, todos equipados con mochilas enormes de tamaño de fardo se esparcieron para

escondese. Mientras se apresuraban a ocultarse, me di cuenta de que ninguno había alcanzado a verme a pesar de que yo estaba a unos cuarenta y cinco metros de ellos, en la otra orilla. Observé que todas las mochilas eran idénticas —amarillas y resistentes al agua, parecidas a las bolsas impermeables que Hayes y yo utilizábamos para mantener secos la ropa y el equipaje mientras navegábamos los rápidos.

Sería imposible exagerar lo ubicuo que es el tráfico de marihuana a lo largo del río Bravo, pero hasta yo me sorprendí de que los contrabandistas habían elegido esta ruta tan remota. Por río, La Linda estaba a solo ocho kilómetros; por tierra, la distancia era más del doble ya que se tenía que dar la vuelta a dos cañones impenetrables. Además, el acceso al río más cercano desde Texas era a través de la red de caminos del Área de Conservación y Manejo de Fauna Black Gap, que estaba a diez kilómetros fluviales, pero había que bordear otros dos cañones y caminar mucho para llegar hasta allí.

Abundaban los rumores —algunos venían de fuentes bastante confiables— de que el negocio del narcotráfico había infiltrado todos los niveles de la Patrulla Fronteriza, el Servicio de Parques Nacionales y las agencias de policía locales de la región de Big Bend. El caso más notorio fue el del alguacil del condado de Presidio, Rick Thompson. Este era un veterano de veinte años del Cuerpo de Marines, y fue arrestado en diciembre de 1991 después de que los agentes federales encontraran una tonelada de cocaína 94% pura en su remolque para caballos, ubicado en los terrenos de la feria de Marfa, Texas. Thompson se declaró culpable, y en un principio recibió cadena perpetua, pero más tarde la pena fue reducida a veintidós años de cárcel por haber “cooperado” con las autoridades.

Al parecer, el exalguacil era miembro de una intrincada red de contrabando que originaba con el legendario Pablo Acosta y se extendía por muchos de los ranchos remotos

de la región de Big Bend. Incluía, además, la colaboración de los dueños de los ranchos y los funcionarios del servicio de parques.

En el vasto triángulo desértico que forman la carretera 90, la 385 y el río Bravo —un área de alrededor de un millón de hectáreas— se encuentra una red de caminos y veredas poco transitados que entrecruzan todo el terreno. Estas rutas apenas visitadas por la Patrulla Fronteriza o las otras agencias de orden público ofrecen a los contrabandistas la alternativa perfecta para evitar los puestos de control en las carreteras pavimentadas que corren desde el río hasta el interior del estado. Al parecer, este grupo de “mulas” que cargaba las mochilas en el mezquital frente a nuestro campamento se dirigía —si no ellos, su cargamento— hacia esta apartada red de caminos.

Hayesy se puso un poco nervioso, pero quedó patente que los contrabandistas estaban más preocupados por nuestra presencia que nosotros de la suya. Un momento después, dos de ellos surgieron en un espacio abierto río abajo, y uno de ellos insistió en entablar una conversación con su escaso inglés.

—Hey, amigo ¿Qué onda? —preguntó.

—Vamos río abajo hasta Acuña.

—¿Ah sí, amigo? ¿En eso trabajan?

—No, estamos de vacaciones —contesté.

— Órale. Que les vaya bien.

Hayesy y yo hablamos en murmullos mientras evaluábamos la situación.

—¿Qué tan probable es que estos tipos nos causen problemas? —preguntó Hayesy.

—¿A qué tipo de problemas te refieres?

—Que nos maten.

—No —le dije—. Estoy seguro de que están más preocupados de vernos a nosotros que nosotros a ellos.

—Entonces, ¿no tratarán de deshacerse de nosotros?

—¿Y por qué lo harían?

—Para que no los delatemos a la Patrulla Fronteriza.

—Hayesy, ¿dónde diablos vamos a encontrar a la Patrulla Fronteriza en este lugar perdido? Estos tipos solo quieren llevar las drogas hasta el otro lado del río y que les paguen. No están en este negocio para matar.

Decidí que sería mejor avanzar río abajo, donde casi seguro nos íbamos a encontrar a los traficantes esperando a que pasáramos.

Así fue, navegamos apenas unos trescientos metros más cuando hallamos al grupo escondido bajo la sombra de un árbol de uña de gato a unos seis metros verticales de la orilla del río. En voz baja le dije a Hayesy que siguiera remando mientras yo me acerqué a la orilla para charlar con ellos. Eran hombres de distintas edades, desde adolescentes hasta cuarentones, y muchos de ellos mostraban ansiedad al ver que me acercaba. Las grandes mochilas amarillas ya no se veían por ningún lado. Uno de ellos me pidió cigarros. Mientras Hayesy pasaba remando, me tomé un buen tiempo para sacarlos. Cuando vi que Hayesy ya había pasado, les arrojé la cajetilla hacia a la orilla. Tres de ellos corrieron a recogerla y constaté que estaban más aliviados de tener cigarros que lo hubieran sido al enterarse que yo no era un agente federal antidrogas.

—¿Y qué están haciendo por acá? —les pregunté.

—Pescando.



A la mañana siguiente, tras avanzar quince kilómetros desde el último campamento, llegamos a una angostura del río donde el Big Canyon, un ancho desagüe, entra desde la orilla de Texas, y de repente las paredes del cañón se elevan en ambos lados del río a más de trescientos metros. Aquí comienza el cañón Reagan, también conocido como cañón Bullis, uno de los enclaves más majestuosos de nuestro planeta. Durante los siguientes sesenta y cinco kilómetros, el río fluye entre unas espectaculares paredes de cañón que alcanzan los seiscientos metros y ofrecen vistas de maravillas geológicas plasmadas en la piedra a lo largo de millones de años en los que el agua ha marcado su paso sobre el sustrato de roca caliza. El Gran Cañón del Colorado es, sin lugar a duda, más espectacular, pero uno no puede disfrutarlo en completa soledad, como yo lo he hecho en mis viajes por los cañones inferiores, al poder tenerlos completamente para mí mismo. No importa cuántas veces haya entrado a ese lugar, cada vez que lo hago mi pulso se acelera en cuanto doblo la cerrada curva del Big Canyon y me inmerso en esos primeros kilómetros del cañón Reagan. Si la vista de esos magníficos peñascos no te infunde humildad, sí lo hará la dificultad de navegar por las fuertes corrientes. De inmediato te das cuenta de que estás experimentando algo completamente nuevo.

Una guía del río publicada por la Big Bend Natural History Association advierte: “Debido a la remota y salvaje naturaleza de este recorrido, SE DEBEN TOMAR TODAS LAS PRECAUCIONES PARA GARANTIZAR LA SEGURIDAD DEL GRUPO”. El mismo libro asevera: “Este trayecto es exclusivamente para navegantes experimentados y bien preparados. Es un recorrido difícil y terrible para un aventurero descuidado o poco precavido. No lo intente a menos que el nivel promedio de experiencia del grupo sea muy elevado. Los servicios de socorro se encuentran a varias horas o incluso a días de distancia”.

Una vez que se entra al cañón Reagan, hay pocos lugares desde donde la ayuda se encuentra a “varias horas”. De hecho, durante los siguientes sesenta kilómetros, solo hay dos lugares donde pedir ayuda: el primero está en el lado mexicano y es un rancho que se encuentra a veinte kilómetros por un cañón más pequeño. El otro es un rancho en la orilla estadounidense que está a diez kilómetros por un camino impenetrable. Pocos entusiastas del río conocen la ubicación de uno o el otro.

En mis veintiocho viajes por los cañones inferiores experimenté varios encuentros peligrosos, accidentes injuriosos y percances de navegación. A finales del mes de junio de 2003, por ejemplo, iba navegando yo solo a lo largo de un intrépido recorrido desde La Linda hasta Langtry. El caudal del río se encontraba a un 40% por arriba del nivel permitido para transitar en un bote del tamaño que yo llevaba. Logré correr los tres primeros rápidos del río sin ningún problema. No obstante, esa misma noche, mientras recolectaba leña para la fogata de mi campamento, con una patada intenté romper en dos un tocón de ocho centímetros de chaparro prieto, pero no lo logré a pesar de pegarle muy fuerte. Mi zapatilla tenis se resbaló en el tronco que medía unos sesenta centímetros y me caí en su extremo puntiagudo. La escalofriante consecuencia de mi caída —que descubrí al levantarme dolorosamente del nopal en el que había aterrizado— fue que la punta de la rama se encajó en la pierna, justo abajo de la pantorrilla, dejando un agujero de cinco centímetros, limpio pero espantoso, que llegaba hasta el hueso. Mientras contemplaba la tibia expuesta, vi que un líquido amarillento emanaba con cada latido del corazón. De inmediato supe que era una situación de emergencia.

Para cuando llegué al hospital, cinco días después, la pierna estaba tan inflamada que los doctores dudaban en voz alta si la podrían salvar. La ironía de los cañones inferiores es

que puedes enfrentar todos los peligros esperados que el río ofrece y terminar herido en una actividad tan sencilla como recolectar leña. La clave para sobrevivir en un área tan remota como ésta es no bajar nunca la guardia, estar siempre consciente de que, si no puedes salir de allí por tu propia fuerza, no saldrás.

Cuando Hayes y yo entramos al cañón Reagan esa agradable tarde de enero, me emocioné de haber regresado, pero el sentimiento no era esa ansiedad nerviosa de lidiar con un río peligroso en una zona alejada e incierta, sino la feliz sensación de volver a casa después de un largo periodo de ausencia.

TRADUCCIÓN – FRAGMENTO 3

Reynosa

Del 23 al 24 de febrero

Con medio millón de habitantes, la ciudad de Reynosa, Tamaulipas, comienza en la presa Anzaldúas y se extiende a lo largo de los siguientes veinte kilómetros del río. Reynosa atrae con frecuencia la atención de los medios por las mismas razones que otras grandes ciudades fronterizas: violencia relacionada con el narcotráfico, corrupción policíaca, contaminación y pobreza. Dos meses antes de que comenzara mi recorrido, el consulado de México tomó la insólita medida de advertir a los ciudadanos estadounidenses que visitaban Reynosa, que tomaran medidas de extrema precaución y evitaran salir de noche.

Me inquietaba cada vez que pensaba que tendría que pasar por allí. En mis muchos viajes por México y Latinoamérica he sido víctima de un delito en solo una ocasión: un carterista me robó la cartera en un salón de billar en Reynosa. Dos encuentros negativos con la policía también ocurrieron en esta ciudad. En una ocasión pagué un soborno por una infracción de tránsito fabricada; la segunda vez me rehusé a pagar el soborno solo porque el ladrón ya me había despojado de todo el dinero. A finales de la década de los noventa se reportó que se había despedido a toda fuerza policíaca de la ciudad porque todos los oficiales formaban parte una arraigada red de corrupción.

Decidí que la mejor estrategia para atravesar Reynosa sería portear alrededor de la presa Anzaldúas, navegar en el río hasta encontrar un campamento recluso en la orilla texana y levantarme muy temprano la mañana siguiente para remar vigorosamente a través de la ciudad mientras los niños estaban en la escuela y muchos de los matones seguían durmiendo tras alguna borrachera. Me pegaría a la orilla de Texas lo más posible.

Pero antes de eso me esperaba la pesada tarea de cargar todo mi equipo alrededor de la enorme presa Anzaldúas. Empecé la obra en etapas, trasladando todos los bártulos cien metros a la vez, de un lugar sombreado a otro. La maniobra involucraba atravesar un parque de la ciudad, cruzar un dique que servía de puente, y luego seguir un camino de casi un kilómetro que utilizaba la Patrulla Fronteriza para bajar al empinado terraplén debajo de la presa. Calculé que esto me tomaría toda la tarde.

Un automóvil todoterreno con placas de Montana me alcanzó en uno de mis puntos de descanso, y una mujer con apariencia de abuela que iba en el asiento de copiloto me ofreció ayuda con el porteo. Su esposo y ella me habían visto cargar con el equipo, sin saber exactamente lo que yo estaba haciendo hasta que me vieron pasar con la canoa. Entonces, su esposo, un canoero experimentado, dedujo que estaba yo realizando un porteo alrededor de la presa.

Acepté su oferta con profuso agradecimiento y observé como un señor de pelo canoso, con pantalones de vestir y camisa planchada apagó su cigarro y puso su vehículo en neutral para dedicarse a la ardua tarea de subir la canoa a la parte trasera del automóvil, dejando que la mitad saliera por detrás. Colocamos el equipo más pesado en la parte de enfrente de la canoa para mantenerla estable, y nos dirigimos hacia la parte inferior de la presa.

Fred y Sherry Kraeplin se habían mudado hacía poco de Columbus, Montana, a Mission, Texas. Nos hicimos amigos instantáneamente. El conocimiento que yo tenía de muchos de los ríos de Montana donde Fred había navegado arrancó nuestra conversación, pero esta linda pareja mostró tal interés en mi viaje que no hubiera importado si yo conocía Montana o no.

—¡Oh, Fred! —exclamó Sherry al ver que su esposo cargaba lo más pesado de mi equipaje por un camino empinado con sus zapatos de vestir—. Eso es demasiado peligroso para ti. ¿Qué va a pasar si te caes?

Fred continuó sin detenerse bajando las cosas por el camino escarpado. Su determinación me causó tal impresión que tuve que contenerme para no quedarme pasmado observándolo. Me entregaba una caja y volvía a subir a la camioneta, aparentemente con mejor condición física que la mía. Disfruté tanto de la tarea y de su compañía que tenía pocas ganas de irme. Después de intercambiar direcciones y números telefónicos, bajé por el largo camino, volteando de vez en cuando para verlos una vez más. “Bueno, si muero intentando cruzar Reynosa, al menos tuve la suerte de pasar mi último día con ellos”, pensé.



Más allá de la presa Anzaldúas, el río se vuelve más angosto y la corriente sale con fuerza de la presa y fluye sobre unas rocas esparcidas. Me embarqué más allá de las rocas, cerca de donde había unos muchachos pescando en el lado mexicano, a quienes mi presencia no parecía importarles en absoluto. Un oficial de la Patrulla Fronteriza bajó hasta la orilla cuando yo estaba lanzando la canoa al agua, y al igual que todos sus colegas que encontré en el área de McAllen, me saludó de manera amable. El agente calculaba que la distancia al centro de Reynosa era de unos doce kilómetros y mencionó que podría yo encontrar muchos sitios para acampar en la orilla estadounidense antes de llegar.

—Pero tenga cuidado —me advirtió en un inglés con un acento que delataba que había vivido su niñez en México—. Y si necesita ayuda, llámenos.

Tres kilómetros más allá de la presa, al salir de una curva en el río vi a un grupo de unos diez adolescentes peleándose en medio del río. Conforme me acercaba, podía ver que la

riña era de mentira, un juego de natación. Lanzaban puñetazos y dramáticos derechazos. Entonces, el receptor del golpe falso se dejaba caer de espaldas al río, como si hubiera sido noqueado. Momentos después se levantaba y devolvía el zarpazo actuado, y su contrincante salía volando con las piernas abiertas para estrellarse en el agua; parecía de lo más divertido. Pensé que ojalá estos muchachos no se trocaran en una bola de rufianes al verme.

Cuando uno de ellos —un muchacho alto, con el cabello rubio teñido y la voz un tono más grave que el resto de sus jóvenes acompañantes— vio que me acercaba, el brusco juego se detuvo de repente y los chicos se quedaron inmóviles con el agua hasta la cintura, observándome. Los saludé y ellos me respondieron de manera respetuosa, disipando mi miedo. Apunté la canoa hacia ellos y me dejé llevar por la corriente.

Me llenaron de preguntas.

—Oiga, señor ¿dónde pasa la noche?

—¿Hace sus tortillas a mano?

—¿Dónde compra sus Coca-colas?

—¿Le dio permiso su esposa de hacer este viaje? —me preguntó uno de los más pequeños.

Contesté sus preguntas durante unos diez minutos o tal vez más, y aunque los muchachos se habían acercado a la orilla de mi canoa, nunca la tocaron. Por último, pedí tomarles una fotografía, y empezaron a acomodarse para posar.

—Los quiero ver peleando como en una película de Hollywood.

Y entonces se lanzaron a una de las riñas actuadas más impresionantes que uno pueda imaginar. Ojalá Hollywood fuera tan entretenido.



Un par de curvas después, el río se hacía más angosto y la corriente más rápida, y durante la próxima hora avancé tan rápido como lo había hecho en todo el viaje, serpenteando una vuelta cerrada tras otra. Sobre la ribera en el lado mexicano, posaban las colonias sobre la tierra desnuda y polvorienta, repletas de gente que vivía en absoluta miseria. En una pequeña ensenada del río se bañaban tres generaciones de una familia numerosa; las madres y las tías lavaban el cabello de los pequeños, tallándoles la cabeza con barras de jabón. En otra pequeña bahía, una docena de cerdos hurgaban en la basura tirada sobre la lodosa orilla. Cuando las puercas con sus lechones vieron que me acercaba, corrieron al agua y formaron una barrera entre mi canoa y sus crías. Gallos y gallinas saltaban más arriba de donde se hallaban los cerditos, dándose picotazos y graznando con fuerza. Mujeres con vestidos floreados desteñidos barrían patios de tierra frente a las casuchas desvencijadas. Los niños, mal nutridos y descalzos, corrían a lo largo de la brecha, pidiéndome con voz chillante que les diera un aventón en mi canoa. Mulas y burros me miraban, preocupados de que mi presencia los forzara a moverse. Me pregunté si el río habría dado una vuelta equivocada y me habría llevado al lado más oscuro y oculto de Latinoamérica.

Después de tres kilómetros de miseria, el río giró una vez más y reveló un paisaje completamente distinto. Las chozas remplazadas por brotes de fresnos, sauces y olmos, este prístino paisaje se extendió por los siguientes cinco kilómetros. A pesar de estar cerca de Reynosa, no vi a nadie a excepción de un señor sin camisa que empujaba una cortadora de césped sobre el pasto de un embarcadero del río. Su esposa e hijas obesas lo esperaban sentadas en la caja de su vieja camioneta Ford. Me detuve para acampar en un terraplén ubicado cerca de ellos y tuve la sensación de estar a más de cien kilómetros de las miserables colonias que acababa de ver hacía menos de una hora.

Al caer la noche y conforme las llamas de mi fogata saltaban en la oscuridad, salieron cientos de luciérnagas, centellando en el fresco aire de primavera como suaves gotas de luz.

Cuando abandoné el campamento la mañana siguiente, mi río prístino se volvió a encontrar con el tercer mundo. Decenas de miles de personas se dirigen hacia la frontera desde el interior de México. Muchos buscan cruzar ilegalmente a los Estados Unidos, otros tratan de encontrar trabajo en las maquiladoras. Llegan sin recursos y muchas veces viven la escuálida realidad de escarbar en la basura o pedir limosna en las calles. Sin tener a dónde ir, se instalan en casas de cartón improvisadas sobre el terreno público situado a las orillas del río, y éste les sirve como el único acceso a agua para bañarse y cocinar. Para los más desfavorecidos, el río funciona también como baño y cocina.

Los siguientes tres kilómetros los navegué de prisa a través de la lamentable miseria que representan las colonias en las afueras de Reynosa. Docenas de cerdos hurgaban en la basura maloliente que se acumulaba justo en las orillas del río. Enjambres de moscas y abejas rondaban en el aire. Conteniendo la respiración, intenté apresurarme para dejar atrás todo este mal olor.

Una curva del río más adelante, vi sobre el terraplén una fila de chozas destartaladas con paredes hechas de madera astillada sobrante de tarimas de bodega. Un hombre, su esposa y dos niños pequeños deambulaban por un camino en la orilla del acantilado. Saludé al hombre y él me contestó:

—Dame un aventón al otro lado del río para poder trabajar.

—Lo siento, pero no cabes en mi canoa. Llevo mucho equipaje.

Aunque él y su familia iban caminando río arriba, dieron la vuelta y vinieron corriendo camino abajo siguiendo mi canoa.

—Detente —insistió el hombre que era de complexión ancha—, y dame un aventón al otro lado. Necesito encontrar trabajo para alimentar a mi familia.

Remé con más fuerza, pero eso solo lo hizo caminar más deprisa, dejando a su familia atrás.

—Ya te dije, amigo —le repetí— no cabes en mi canoa. Y no te puedo llevar aun si cupieras. La Patrulla Fronteriza me metería a la cárcel.

—No, no lo harían —contestó—. Tú eres estadounidense y solo encierran a los mexicanos. Ahora detente y llévame al otro lado.

Comenzaba a sonar enojado y caminaba más rápido hasta alcanzar un trotecillo algo torpe. No logré dejarlo atrás. Observé que unas mujeres que habían escuchado nuestra conversación empezaban a salir de sus chozas para observar el drama.

Intenté ignorarlo, pero él insistía, y solamente la inclinación de la ribera le impedía lanzarse al río.

—¡Ey! —gritó molesto— Para tu maldito bote y llévame ahora. Mis hijos no han comido hoy. ¡Necesito trabajar!

Estaba dispuesto a detenerme y defenderme de ser necesario, pero esperaba que el río ofreciera un escape. Pensé que me lanzaría piedras, pero vi que se detuvo, agotado.

—¡Ey —gritó— chingas a tu madre, gabacho!



Una de las cosas que más temía antes de emprender este viaje eran los repetidos encuentros con la Patrulla Fronteriza. En el área de la frontera, nos enfrentamos a los puntos de revisión de la Patrulla Fronteriza cada vez que salimos de la ciudad, y pocos de los agentes son amables. Incluso, había escuchado que ciertos agentes les habían prohibido

lanzar la canoa al río Bravo a ciertas personas, argumentando que era ilegal. Anticipaba yo que el tramo del río que pasaba por el valle del bajo río Bravo iba a representar una prueba de voluntades: mi determinación de navegar hasta el golfo de México contra la de la Patrulla Fronteriza en detenerme. Estaba completamente equivocado.

Empezando con el día sesenta, cuando había pasado por Reynosa, recibí tanta ayuda y atención favorable de parte de los agentes fronterizos que sentía que tenía una escolta personal. Para empezar, en la mañana que pasé remando bajo el puente del centro de Reynosa, encontré un bote de la Patrulla Fronteriza que estaba estacionado no muy lejos de allí, río abajo. Cuando me acerqué, dos agentes me saludaron con grandes sonrisas, y uno de ellos dijo: “Lo hemos estado esperando”.

Cuando me alejaba después de una breve conversación con los dos agentes, uno de ellos apuntó a otras dos lanchas estacionadas más adelante y dijo: “Esos agentes van a cuidarlo en el siguiente tramo”.

Con aproximadamente once mil agentes a nivel nacional, el 90% de los cuales están instalados a lo largo de la frontera con México, la Patrulla Fronteriza tiene una fuerte presencia en los pueblos, en los ranchos y las granjas y a lo largo de las carreteras. Sin embargo, sobre el río había visto muy pocos agentes, lo cual me sorprendía. En el trayecto de Reynosa a Brownsville son mucho más visibles. Además de la patrulla fluvial, observé a agentes patrullando las orillas del río montados a caballo, en motocicletas todoterreno o en bicicletas. Un par de veces hasta los vi siguiendo huellas a pie. Sus camionetas todoterreno y sus jeeps pintados de blanco y verde monitorizaban al parecer todos los puntos del río a lo largo de los siguientes ciento sesenta kilómetros. No cabe duda de que la presencia de la Patrulla en el área de McAllen ha logrado reducir la ola de inmigración ilegal con eficacia.

Los críticos, sin embargo, aseveran que la presencia masiva de agentes en el valle del bajo río Bravo simplemente obliga a las personas a buscar otras rutas más remotas y menos vigiladas. En el sector de Laredo, por ejemplo, observé que por cada agente estacionado cruzaban ilegalmente la frontera unas veinte personas. En la zona de McAllen es al revés.

Conforme mi admiración por los agentes del área de McAllen crecía, me parecía cada vez más difícil mantener la postura que había sostenido durante los veinte años que residía yo en la frontera. Por años había tratado al río como río, no como una frontera internacional. Prefería acampar en México, no solo porque los dueños de las propiedades privadas eran más tolerantes con los intrusos, sino también para evitar a los agentes de la Patrulla que en algunas ocasiones irrumpieron en mi campamento cuando me quedaba a dormir en el lado americano. Si tenía que portear mi equipo alrededor de algún obstáculo, casi siempre elegía el lado mexicano, ya que, en general, los mexicanos utilizan el río y existen caminos, mientras que en Estados Unidos la caña que crece a la orilla del río bloqueaba casi siempre el acceso. Tengo que admitir que algunas veces transporté a ciudadanos mexicanos hacia el lado estadounidense porque se habían quedado varados en algún remoto lugar del río, a varios días de distancia del pueblo más cercano. Mi lógica siempre había sido que de una manera u otra iban a cruzar, entonces, ¿para qué forzarlos a arriesgar la vida nadando en corrientes peligrosas cuando yo podía llevarlos de manera segura al otro lado en mi bote? Ahora, durante las últimas semanas que me quedaban para alcanzar el Golfo, empezaba a cambiar de parecer y ver al río como una frontera internacional. Aunque no podía compartir el punto de vista de los agentes fronterizos que ven como delincuentes a los mexicanos que cruzan para buscar trabajo, tampoco quería dificultar su labor. Por primera vez en mi vida, mi apoyo por los mexicanos comenzaba a flaquear en ese juego de gato y ratón entre los

oficiales de inmigración estadounidenses y los trabajadores indocumentados que intentaban evadirlos. No era que le echaba la culpa a la gente de México, ni sentía menos empatía por su difícil situación. Más bien, empecé a sentir que los agentes de la Patrulla Fronteriza eran personas buenas en realidad, ni mejores ni peores que las personas a las que trataban de impedir el cruce.



Tanto los dos agentes que conocí cerca de la presa Anzaldúas, como los que encontré en el bote un poco más abajo en el río, me advirtieron que había un “cruce de piedras” más allá de la presa que “era demasiado peligroso para atravesar con las lanchas, así que solo patrullamos hasta allí”. Cuando pedí más detalles me dijeron que ya sabría de lo que estaban hablando cuando llegara al lugar. Estaban casi seguros de que no podría atravesarlo en canoa.

Este “cruce de piedras” era el primero de una docena de rápidos creados por la mano del hombre entre Reynosa y el Golfo. La mayoría de ellos eran brucas caídas entre rocas y losas de cemento que se habían echado al río para contener la corriente y permitir que las pipas de las estaciones de bombeo alcanzaran el río aun en tiempos de poca agua. Los agentes de la Patrulla que encontré río abajo usaban los términos “presa” y “cruce de piedras” indistintamente. Cada vez que los mexicanos me advertían que había “piedras” más adelante, me esperaban caídas hechas por la mano del hombre. Algunas de éstas las podía cruzar en canoa. Pero si los mexicanos me advertían que había una presa, sabía que se trataba de una presa convencional que me obligaría a portear. Como hasta este punto no había visto un “cruce de piedras”, no sabía qué esperar.

Un kilómetro más abajo de dónde hablé con los agentes de la Patrulla, escuché el estruendo sordo de un rápido que se anunciaba. Descubrí un desembarcadero en el lado

mexicano, y me dirigí a la orilla para explorar el rápido. Encontré un vertedero, tras el cual el río se desbordaba en un aliviadero empedrado que formaba un sencillo rápido de clase II. Justo en el centro, el río ofrecía una vía relativamente fácil de navegar, y todo lo que tenía que hacer era evitar unas grandes olas que se formaban al fondo de la caída, lo cual era una maniobra sencilla. Mientras exploraba la caída, vi a cinco hombres mexicanos que estaban pescando en la orilla tras el vertedero. Se hallaban a unos treinta metros el uno del otro. Solo uno de ellos notó mi presencia. De todos los pescadores que había visto yo a lo largo del viaje, este era el mejor vestido: pantalones de diseñador, zapatillas de tenis Nike y un suéter de punto. Este joven se parecía más un estudiante de ingeniería de una universidad de Monterrey que a un pescador. Una vez que elegí mi ruta a través del rápido, regresé a mi canoa y cuando me dirigía hacia el centro del río, noté que el joven me observaba nerviosamente. Yo le hice una seña levantando el pulgar para indicar el visto bueno, pero él solo asintió de manera forzada, como diciendo: “Espero que no pienses que me meteré al río a rescatarte cuando la caída destruya tu canoa”.

El pasar por el vertedero y a través del rápido que le seguía resultó aún más fácil de lo que parecía desde la orilla. Volteé a ver al pescador, quien ahora estaba muy cerca de mi canoa, y una vez más levanté el pulgar. Esta vez él me devolvió la señal con una gran sonrisa. El primer joven lanzó un silbido fuerte y corto para alertar al siguiente pescador río abajo, y cuando pasé cerca de este me preguntó: “¿En esa la pasaste?”

Le aseguré que, en efecto, había atravesado la caída en mi canoa, a lo que respondió con un anglicismo que se ha vuelto muy popular durante los últimos diez años: “¡Guau!”



Un par de kilómetros más allá de las piedras me asaltó de repente un hedor a cloaca, y

una curva del río después, pude ver por qué. Un canal maloliente entraba al río desde el lado mexicano y emanaba una peste tan grave que me causaba problemas para respirar.

Irónicamente, el canal provenía de un barranco idílico, lleno de ramas de árboles frondosos y sin basura. Si no hubiese sido por el olor, este pequeño arroyo sería el lugar ideal para descansar bajo la sombra o almorzar, un sitio tranquilo para pescar o tomar una siesta. No me sorprendió en absoluto que no viera a nadie pescando o pasando el día en el campo, y si hubiera visto a alguien tomando una siesta en la orilla, de seguro estaría muerto del apestoso hedor.

Hasta este punto, el río había estado sorprendentemente limpio, por lo menos en comparación con las expectativas que tenía yo antes de emprender el viaje. A excepción del olor de las aguas residuales que entraban al río en Nuevo Laredo, no había yo tenido indicaciones olfatorias de que se vertían aguas negras al río, ya fueran tratadas o sin tratar. Claro, en las orillas se acumulaba todo tipo de basura, sobre todo en el lado mexicano y en los pequeños pueblos y poblados a lo largo del camino. Pero el río en sí no había resultado ser el caso perdido ribereño que recibió el dudoso honor de formar parte de la lista de los “Ríos más amenazados de Estados Unidos” en los años 2000 y 2003. Reynosa borró por completo cualquier ilusión que yo pudiera tener de que el río Bravo era un cuerpo de agua que iba recuperando su buen estado.

Durante el resto de la tarde remé en medio de la peste que emanaba de la corriente por más de veinte kilómetros. Después de unas cuatro horas, y gracias en parte a los fuertes vientos en contra, al fin pude respirar y solo permanecía un ligero olor a drenaje. Decidí esperar un par de días antes de volver a utilizar el agua de río para cualquier cosa, incluso para lavarme las manos.

ANÁLISIS DE LA TRADUCCIÓN

A continuación, se analiza una selección de los retos más importantes que se presentaron en el proceso de traducción, así como las soluciones elegidas por el traductor. La traducción exige que el traductor decida entre las opciones disponibles a nivel léxico, ya que las ideas se pueden expresar y formular de muchas formas distintas. El traductor debe investigar y documentarse para poder resolver dudas de léxico, pero también tiene que ser apto para reformular las ideas de forma clara y concisa en la lengua meta, sin olvidarse de los aspectos culturales que también se hacen patentes en la lengua. Es decir, en una traducción no solo se maneja el vocabulario sino también la sintaxis, la gramática, la pragmática, la cultura, etcétera.

El traductor, por lo tanto, debe aplicar una gran variedad de herramientas de consulta para complementar su propio conocimiento. La investigación es imprescindible para verter las ideas del texto origen a la lengua de llegada. También lo es la consulta de diccionarios generales y especializados, monolingües y bilingües, de glosarios y enciclopedias, de textos paralelos y de páginas web oficiales. En muchos casos resultan ser de gran ayuda también los libros de texto académicos y las guías de estudio para los estudiantes de traducción. Para esta tesis, además del gran número de libros de consulta y de páginas web empleados, se observaron también los aspectos teóricos y las técnicas de traducción encontradas en los siguientes libros de texto: el *Manual de traducción inglés/castellano* (López Guix y Minett Wilkinson, 2006), en *La traducción del inglés al castellano: Guía para el traductor* (Orellana, 2008) y en el *Manual of Spanish-English Translation* (Washbourne, 2009). En los siguientes apartados se analizan los retos traductológicos y se explica el porqué de las

decisiones tomadas por la traductora. Todos los ejemplos son de *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande* (Bowden, 2007).

El léxico y el vocabulario especializado

Aunque el TO no es un texto científico, contiene un gran número de términos especializados que no pertenecen al vocabulario de uso común y requieren investigación para encontrar el equivalente correcto en la lengua de llegada. El primer reto fueron algunas especies de flora y fauna que, en la mayoría de los casos, son características de la región fronteriza del río Bravo, para lo que se consultaron textos científicos y glosarios especializados en biodiversidad. Uno de estos retos fue *salt cedar*, una especie invasora que no es originaria de la región y que crece en el lecho del río Bravo, absorbiendo agua y nutrientes. En un principio se tradujo de manera incorrecta como “cedro salado”, sin embargo, después de una investigación posterior se encontró que se le conoce como *tamarisk* y se traduce a “cedro salino” (“Bosque Education”, 2009). Otra de las especies que se consultó fue la *catclaw acacia*, llamada en español “uña de gato” de acuerdo con el Texas A&M AgriLife Research & Extension Center en Uvalde, Texas (“Texas A&M”, s. f.). *Blue heron*, el nombre en inglés de “garza azul” también fue un término que se investigó. Existen varios tipos de la garza azul, sin embargo, se encontró que la que habita en el sur de Texas es de la especie *great blue heron* o *Ardea herodias* y se conoce en la región como “garza azul” en español (“Bosque Education”, 2009).

El lenguaje náutico y deportivo significó otro reto. Aunque el autor no se considera a sí mismo un canoero experto, su vocabulario en el tema lo es. Para lograr transmitir al lector el verdadero sentido de la intensidad de los rápidos y las descripciones correctas de los

movimientos dentro de la canoa y la balsa, se consultaron diccionarios y glosarios especializados en ambos idiomas, así como glosarios inglés-español disponibles en línea. Para consultar los términos correctos para traducir las diferentes características del río como “canal”, “presa”, “represa”, “corriente”, “orilla”, “bahía”, “ensenada”, entre otros, se utilizó como referencia principal el Glosario de términos geográficos de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile (s. f.), y como apoyo el *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española, 2001). Los términos utilizados en navegación en general se consultaron en inglés en *The Oxford Companion to ships and the sea* (Kemp, 1988) y en *Paasch's Illustrated Marine Dictionary* (Paasch, 1997). El vocabulario utilizado para la navegación de aguas rápidas en específico: “rápido”, “caída”, “portear”, “alinear”, entre otros, se consultó en manuales de navegación de aguas rápidas elaborados para turistas. Entre ellos fue el manual de *Técnicas, atención y guiado para turistas con embarcaciones sin motor para aguas rápidas* (Instituto Nacional del Aprendizaje, 2007), y el manual de *KayakSpainGuide* (KayakSpainGuide Manual, 2012).

Otro de los retos fueron algunos nombres de los lugares mencionados en el TO que no tienen traducción consagrada al español, y para los cuales no se encontró un nombre equivalente en México, aunque muchos de ellos están justo en la frontera. En el caso de los cañones que tienen nombres en inglés (Reagan, Bullis, Temple) se respetaron en su idioma original y no se usaron comillas ni cursivas para resaltar el nombre. A excepción de Big Canyon, a todos se les ha agregado al nombre la palabra “cañón”: cañón Reagan, cañón Temple, cañón Bullis. La excepción es deliberada, ya que Big Canyon tiene el nombre de un adjetivo y un sustantivo. Además, el nombre es muy similar al del famoso Grand Canyon y

una traducción de *big* y *grand* mediante el adjetivo en español “gran” podría confundir al lector.

Conversión de unidades de medida

Como en todo el proceso de traducción, la conversión de las unidades de medida recae a juicio del traductor y depende del skopos, el propósito de la traducción y del público receptor. Alfonso Reyes, recogido en López Guix y Minett Wilkinson, sugiere respetar las unidades de medida y de moneda del TO y no traducirlas para añadirles un tono de extrañeza. Sin embargo, los mismos autores nos recuerdan que esta técnica tiene sus limitaciones, ya que son muchas las veces que los extranjerismos resultan innecesarios (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 239). A final de cuentas, “todo traductor traza una línea imaginaria que separa los rasgos socioculturales foráneos que mantiene en una traducción determinada y los que no mantiene” (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 240). Es decir, el traductor determina si las unidades de medida representan un rasgo sociocultural que se tiene que respetar en el texto meta, o si se trata de un aspecto poco relevante de la esencia cultural del TO y su traducción se exige por razones de información necesaria.

Para el caso en cuestión, se ha decidido convertir las medidas de millas, yardas, pies, pulgadas y grados Fahrenheit tan típicos de los Estados Unidos y otros países de habla inglesa a sus correspondientes medidas en el sistema métrico que es el único de uso común en los países de habla española. La decisión proviene del deseo de acercarle el texto al lector hispanohablante general. El uso de las medidas es constante a lo largo del texto. El autor es muy exacto en sus descripciones y utiliza las medidas para proporcionar detalles muy específicos y colorear su narración. Por ejemplo, emplea las medidas de distancia para

otorgarle al lector un sentido de tiempo y espacio; las descripciones de los paisajes, de los cañones, del río en sí, todo lo representa con indicaciones precisas o aproximadas de longitud, altura, anchura, distancia, etcétera.

Esta combinación de medidas no exactas, pero detalladas y frecuentes, representó un reto importante en la traducción.

TO:

A few miles below Redford, I experienced firsthand one of the justifications our government had used for the Army patrols.

TM:

Unos cuantos kilómetros después de Redford comprobé de cerca una de las razones por las que el Gobierno estadounidense decidió utilizar al ejército para vigilar la frontera.

TO:

A couple of miles below the rock crossing, I was suddenly overwhelmed by the stench of a raw sewage, and one river turn later, I saw why.

TM:

Un par de kilómetros más allá de las piedras me asaltó de repente un hedor a cloaca, y una curva del río después, pude ver por qué.

En estos dos ejemplos se ha decidido mantener la cantidad ambigua de millas al traducirlo a kilómetros. No se hizo una conversión precisa ya que no existe un número exacto para convertir. Su función es dar al lector la idea de que se ha avanzado río abajo, pero la precisión no tiene relevancia. Lo contrario sucede en el siguiente caso.

TO:

The average annual precipitation measures less than ten inches, and from April to October, Ojinaga bakes under an infernal sun, with temperatures in summer soaring above 110 degrees.

TM:

El promedio de precipitación anual es de menos de treinta centímetros y, de abril a octubre, Ojinaga se cuece en el desierto bajo un sol infernal, con temperaturas que se elevan a más de 45 grados durante el verano.

El autor no especifica a que escala de temperatura se refiere cuando dice *110 degrees*, pero se sabe que se refiere a Fahrenheit, ya que en Estados Unidos es la escala de temperatura oficial. La traducción convierte la temperatura, pero adopta la misma omisión de “Celsius”. Es decir, se convierte la medida al equivalente en la escala que el lector pueda inferir sin necesidad de especificación.

Uso de los dos idiomas y alternancia de código

A lo largo del viaje sobre el río, el autor se encuentra con personas que hablaban español, inglés y una mezcla de ambos idiomas. Para el lector angloparlante del TO, los diálogos en español se traducen completa o parcialmente, o se incluye una traducción en paréntesis a un lado del diálogo original. Los diálogos proporcionados en inglés no se traducen, pero casi siempre se especifica si el interlocutor habla un idioma o el otro. Para el lector hispanohablante, se tomaron diferentes acercamientos. Observemos los siguientes ejemplos.

TO:

Bravely, one of the women approached.

“You have so many things,” she said in Spanish. “Why so many?”

TM:

Una de las mujeres se acercó sin miedo hacia mí.

—Trae usted muchas cosas —me dijo— ¿Por qué tantas?

En este caso, dejando de lado el aspecto de puntuación, vemos que el autor le otorga a la mujer una característica de identidad al compartir con el lector que habla español. Esto contribuye a la función comunicativa del TO que es importante a la hora de realizar la traducción. Para el público del TM sobra decir que la mujer habla en español. Algo similar ocurre en el siguiente ejemplo:

TO:

Just then, a surly-looking guy in his late twenties marched defiantly toward me from a house facing Ricardo’s. Without breaking a step, he grazed my shoulder as he passed, uttering in English that bore no trace of a second-language accent, “What’s happening man?”

TM:

En ese momento, un joven de apariencia hostil salió de la casa enfrente a la de Ricardo y se me acercó con actitud desafiante. Parecía tener unos veintitantos años y sin detenerse por un momento, me rozó el hombro al pasar, y preguntó en un inglés sin acento “What’s happening, man?”

Una vez más, el autor le otorga una característica al interlocutor al momento que éste habla. En este caso, la mención de que el inglés hablado por este joven de veintitantos años es sin acento le hace pensar al lector que la conversación que el narrador había sostenido con los otros personajes había ocurrido en español. De hecho, esta situación representa algo especial e inusual, ya que en este ambiente no es común que se presente un caso de un inglés sin acento. Para transmitir este mismo sentido de que ocurre algo extraordinario en la conversación, se decide dejar el mismo comentario y no traducir al español la frase que se expresa. Aunque el lector monolingüe de español quizás no entienda por completo la pregunta, se trata de un saludo habitual y popular, que no requiere traducción.

El último ejemplo presenta el uso de la alternancia de código en un diálogo algo más extenso en el que se decide dejar un ejemplo de Spanglish o TexMex.

TO:

“*Buenas tardes*,” I said,

“*Buenas*,” he replied. “¿*Watcha vacas?*”

“¿*Mande?*” (Come again?)

“*Watcha cows*,” he said, pointing at his eyes to help me understand.

“¿*Si he visto vacas?*” (Have I seen cows?)

He nodded, smiling, and said in Spanish, “Who knows where they’ve gone? It seems the don’t love me anymore.”

TM:

—*Buenas tardes* —le dije.

—*Buenas* —me respondió— ¿*Watcha vacas?*

—¿*Mande?*

—*Watcha* vacas —me dijo, señalando sus ojos con los dedos para ayudarme a entenderlo.

—¿Si he visto vacas?

—No sé a dónde se fueron. Parece que ya no me quieren —Asintió sonriendo.

Este fragmento representa el habla de la frontera. El interlocutor le habla de *watchar* vacas, es decir, de “ver”. La alternancia de código es parte de la cultura fronteriza, por lo que es importante respetar la inclusión de este uso del lenguaje en la conversación. Si en el TM se corrige este uso del lenguaje coloquial, se pierde el profundo trasfondo cultural que lo acompaña.

Frasas autorreferenciales

Las frases autorreferenciales son un reto para el traductor. Son textos en los que se discute el código en el que está escrito en sí (Washbourne, 2009, p. 61). A continuación, vemos un ejemplo en el que el autor plantea una idea a partir de los nombres con los que se conoce el río en Estados Unidos y México. Aprovecha que ambos nombres contienen en realidad un adjetivo calificativo en castellano, y que, además, ambos son cognados, uno verdadero y el otro falso. Se trata de un caso especial, ya que el autor traduce para el hablante nativo del inglés los nombres del río, pero esto no es necesario para el hablante de castellano.

TO:

The Rio Bravo, as the Mexicans call the Rio Grande, is often mistakenly translated as “Brave River,” but in Mexico *bravo* suggests “angry” rather than brave. “Brave” River, however, would be a more accurate translation than “Large” or “Great” River.

La traducción literal carecería de sentido para el lector hispanohablante, por lo tanto, hay que buscar la mayor equivalencia posible e intentar mantener la función comunicativa del texto original. Se traduce de la siguiente manera:

TM:

El nombre del río Bravo es a menudo mal traducido al inglés como “brave river”, es decir “río valiente” (*brave*, en inglés, denota valentía). En México, el término “bravo” sugiere más “enojo” que valentía. Aun así, llamarlo “río valiente” resulta más adecuado que aquel con el que se le conoce en Estados Unidos: Rio Grande.

Se decide eliminar la parte de “as the Mexicans call the Rio Grande” ya que resulta redundante para una audiencia mexicana o hispanohablante. En su lugar, se aclara al lector el nombre del río como se conoce en Estados Unidos, mencionando la palabra “grande” pero eliminando el significado de ésta. Además, se recalca que, en inglés, el cognado de “bravo” no es “furioso”, sino que es un falso cognado que significa “valiente”.

Uso de los adverbios

El uso frecuente de los adverbios que terminan en *-ly* en inglés representa un área de cuidado cuando se trata de traducción al español. Aunque existe la misma formación del adverbio con el sufijo “-mente”, su uso en español no es tan frecuente como en inglés. La repetición del sufijo se hace muy pesada y desde el punto de vista estilístico se aconseja evitarla en la medida de lo posible (Orellana, 2008, p. 230). Existen diversas técnicas que nos permiten sustituir al adverbio (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 119). Es común encontrar en inglés estas palabras juntas en una frase o párrafo:

TO:

Seconds later I saw a Mexican man riding his horse through the shallow water downriver on the Mexican side in order to bypass a spot where the canyon wall rose directly out of the river. His song sounded faintly familiar, and I listened carefully, hoping to recognize it and surprise him by singing a verse. Before I could pinpoint the tune, he spotted me, and I waved.

La traducción literal de los adverbios en este ejemplo nos llevaría a una cacofonía, aunque existen los equivalentes en español, una traducción más adecuada sería la siguiente:

TM:

Segundos más tarde apareció un hombre mexicano cabalgando en las aguas del río, cerca de la orilla mexicana, con la intención de rodear un sitio donde el cañón se alzaba recto desde el río. Su tonadita me resultó vagamente conocida, y escuché con atención, con la esperanza de reconocerla y sorprender al hombre al cantar un verso. Antes de que pudiera precisar la canción, me vio y lo saludé.

La técnica sugerida para abordar esta traducción es cambiar la categoría gramatical del adverbio. Mientras se respetó *vaguely* traduciéndolo “vagamente”, se decidió cambiar *directly* por un adjetivo, y convertir a *carefully* en una locución adverbial (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p.119).

Los signos de puntuación y el uso de las mayúsculas

Otro de los retos con el que nos enfrentamos en la traducción que no es léxico es

lograr puntuar las oraciones de manera correcta el TM en español, evitando imitar las reglas de la puntuación del inglés. Una de las diferencias más notales entre ambos idiomas en esta traducción es el uso de las comillas y la raya. En inglés, las comillas se utilizan para señalar citas y diálogos. En español, utilizamos la raya para destacar los últimos (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, pp.152-55).

TO:

Hayesy and I spoke in hushed tones as we tried to assess the situation.

“What are the chances these guys are going to give us problems?” Hayesy said.

“What kind of problems are you talking about?”

“Murder.”

TM:

Hayesy y yo hablamos en murmullos mientras evaluábamos la situación.

—¿Qué tan probable es que estos tipos nos causen problemas? —preguntó Hayesy.

—¿A qué tipo de problemas te refieres?

—Que nos maten.

Sin embargo, si el diálogo se encuentra dentro del párrafo, o se refiere a un recuerdo o pensamiento, en castellano se sigue la misma regla que en inglés y se utilizan comillas (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 155-157).

TO:

When we reached the trail to the river, I shook his hand, but as I began my descent, he called, “Hey, amigo”.

TM:

Cuando llegamos a la senda que desciende hacia el río le estreché la mano para despedirme, pero en cuanto comencé a bajar me llamó: “Hey, amigo”.

Este caso ejemplifica también otra regla de puntuación que distingue a los idiomas: el uso de los dos puntos y el de la coma. En español, antes de empezar una cita, o al momento de dirigirse a alguien en una misiva, se utilizan los dos puntos, mientras que, en inglés, el uso es de una coma (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 151).

En inglés, otro uso de la raya es muy común, quizás más que en castellano. Suele emplearse para acotar incisos, como forma de explicación, o énfasis, donde en español se prefiere usar comas, dos puntos, el punto y coma o el punto suspensivo (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 153). No obstante, también hay casos en el que se favorece el uso de la raya, principalmente cuando se trata de un inciso muy largo (López Guix y Minett Wilkinson, 2006, p. 154).

TO:

An elaborate levee system has been dredged into the floodplain on the American bank, obscuring any view of Presidio from the water; and on the Mexican side, people had left all manner of trash along the shoreline—tires, automobile and tractor parts, fencing, and household litter.

TM:

Un elaborado sistema de diques ha sido dragado hasta la zona de inundación en la

orilla americana, obstruyendo cualquier vista a Presidio desde el río; en el lado mexicano, la gente había dejado todo tipo de basura a lo largo de la orilla: llantas, partes de automóviles y tractores, alambrado y basura doméstica.

CONCLUSIÓN

Para López Guix y Minett Wilkinson, la traducción es un arte y un oficio que se puede perfeccionar cuando el traductor frecuenta modelos literarios, práctica la escritura, y reflexiona sobre su práctica (2006, p .11). La reflexión de la práctica beneficia no solo al traductor que la realiza, sino al oficio de la traducción en general. En esta tesis se tradujeron tres capítulos del libro *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*, de Keith Bowden (2007). Posteriormente, se realizó un análisis del proceso de traducción en el que se estudiaron algunos de los obstáculos encontrados por el traductor y los caminos que se tomaron para solucionarlos.

Se eligió *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande* (2007) porque es un texto relevante para la región fronteriza. Además, se buscaba un libro que no hubiera sido traducido antes. En el sentido traductológico, es un texto que requiere una investigación a fondo y un cuidado en la elección de términos y enfoques de traducción. Por lo que era el candidato perfecto para realizar un análisis de su traducción. Para elegir los capítulos a traducir, se tomó en cuenta el contenido de la narración. Se deseaba que representaran la esencia del libro: experiencias agradables, encuentros con gente que parecía peligrosa, la majestuosidad del río, y también la descripción de las partes más contaminadas de este afluente, así como las diferentes y contrastantes interacciones que ocurrieron con agentes de la Patrulla Fronteriza.

El libro nos permite explorar una visión del río Bravo que no se ve a menudo. Dejando de lado la función como frontera política, el autor se adentra en sus corrientes y las navega como si las dos orillas fueran parte intrínseca de la vía fluvial y no representaran dos culturas completamente distintas. A lo largo de su recorrido, Bowden se enfrenta a la dura

realidad del río. Tiene interacciones con pobladores ribereños a ambos lados de la frontera y nos permite penetrar en una realidad que poco se conoce.

El autor es un aficionado amante de la navegación y del deporte de aventura. Nació en Pensilvania y viajó mucho durante su infancia. Cuando cursaba la preparatoria, tomó un tiempo de descanso y viajó por todo el país. Fue en estos viajes cuando vio por primera vez al río en El Paso, Texas. Algunos años después, Bowden regresa a Texas a estudiar en Alpine. Allí se encontró con el río y por primera vez tuvo la noción de pertenecer a él. Tiempo más tarde, Bowden tiene la oportunidad de trabajar como profesor de inglés en el Laredo Community College y aquí aprovecha cada descanso y vacaciones para lanzarse al río a navegar. En el libro, el autor realiza no solo un recorrido de aventura, sino un viaje para encontrarse a sí mismo.

En el proceso de traducción se encontraron algunos retos que se utilizaron como ejemplos para el análisis. Los manuales de traducción sirvieron de guía teórica para el estudio traductológico final. Se identificaron los desafíos que presentaba el texto y se ofreció una breve explicación de cómo se llegó a la traducción final de los aspectos más interesantes. Algunos retos fueron de índole formal y tenían que ver con las convenciones de la escritura, como es el caso de cosas técnicas, como es el caso de los signos de puntuación. En otras instancias, se trataba de elementos de estilo como el evitar la repetición de los adverbios terminados en “-mente”. El texto contaba con algunas frases auto-referenciales, con alternancia de código, además de un vocabulario especializado repleto de términos geográficos, expresiones náuticas y de navegación fluvial. Todos estos aspectos lingüísticos se trataron con mucho detalle en análisis, haciendo hincapié el proceso que se emplea y en la manera en la que el traductor logra llegar a la versión final de la traducción.

El análisis traductológico del texto nos muestra que se pueden llegar a distintas versiones aceptadas de traducción y nos confirma que existen diferentes rutas que los traductores pueden tomar al traducir. Nos enseña, además, que no existe solo una manera correcta de traducir, sino que hay una variedad de técnicas y acercamientos que pueden resultar en más de una buena traducción. Conocer las diferencias entre los idiomas y comprender la gran versatilidad que presentan ofrece la oportunidad de crear infinitas posibilidades de reformular la información al traducir. El seguir estudiando estas técnicas y el continuar practicando la traducción es lo que le permite a un buen traductor convertirse en un grande en su oficio.

La traducción de los fragmentos seleccionados en esta tesis es relevante porque muestra una realidad del río diferente a la que se comúnmente se conoce. La escasez de fuentes y textos paralelos sobre el río Bravo nos da una idea de la poca importancia que el mexicano le otorga a este afluente. Para los mexicanos que no viven cerca de él, el río no sirve más que para llegar al otro lado. Al sur de la zona fronteriza, se sabe muy poco sobre el río, se teme a la Patrulla Fronteriza, y se ignora que el río es un lugar común de recreación y aventura. Además, es un deber para los que viven cerca de la frontera el difundir las maravillas que el río posee además de promover su conservación y su cuidado y documentar su grandeza en libros, novelas, guías de viaje, ya sea escritos en la lengua origen o traducidos a una lengua meta. La traducción de los tres capítulos seleccionados ofrece la oportunidad a un público hispanohablantes de descubrir todo lo que este maravilloso cuerpo de agua esconde en las aguas revueltas de sus rápidos, en las partes más profundas de sus cañones y, sobre todo, en las personas que habitan sus riberas.

Si la traducción funciona como un puente, las lenguas son como un río: siempre

fluyendo, en constante cambio, corriendo en un mismo sentido, sin mirar atrás. Las traducciones, de igual manera, se tienen que adaptar y fluir con los idiomas, sin embargo, no son atemporales. Es esta otra de las razones que concede importancia a la traducción: deja evidencia de lo que es el idioma en el momento que se realiza; es como tomar una fotografía. En el futuro, quizás otros traductores regresen a nuestro texto original y realicen una nueva traducción. Sin duda, ésta reflejará cambios lingüísticos y, al compararla con la nuestra para analizar estos cambios, y seguirá aportando a la teoría de la lengua y de la traducción.

REFERENCIAS

Obras Citadas

- Bosque Education Guide (2009, octubre). *English-Spanish & Spanish-English Glossary of Animals & Plants included in the Bosque Education Guide*. Recuperado de <http://www.foresterslog.com/Home/mary-s-links/for-educators/bosque-english-spanish-vocab>
- Bowden, K. (2007). *The Tecate Journals: Seventy Days on the Rio Grande*. Seattle, WA: The Mountaineers Books.
- Consejo Nacional de Población. (2017, 19 de julio). *Anuario de migración y remesas, México 2017*. Recuperado de https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/250390/Anuario_Migracion_y_Remesas_2017.pdf
- Fergusson, H. (1955). *Rio Grande*. Nueva York: William Morrow and Co., Inc.
- Glosario de términos geográficos (s.f.). *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile*. Recuperado de https://www.bcn.cl/siit/glosario/index_html
- Haywood, L. M., Hervey, S., & Thompson, M. (2009). *Thinking Spanish Translation: A Course in Translation Method: Spanish to English*. Nueva York: Routledge.
- Horgan, P. (1968). *Great River: The Rio Grande in North American History*. 2 vols. US: Minerva Press.
- Instituto Nacional de Aprendizaje. (2007). Atención y Guiado de Turistas. Programa guías de turismo general. Recuperado de [http://www.ina.ac.cr/biblioteca/biblioteca_central/Tecnicas%20%20Atencion%20y%20Guiado%20para%20Turistas%20con%20Embarcaciones%20sin%20Motor%20para%20Aguas%20Rapidas\(finish\).pdf](http://www.ina.ac.cr/biblioteca/biblioteca_central/Tecnicas%20%20Atencion%20y%20Guiado%20para%20Turistas%20con%20Embarcaciones%20sin%20Motor%20para%20Aguas%20Rapidas(finish).pdf)

- KayakSpainGuide Manual. (2012). KayakSpainGuide. Recuperado de [http:// www.kayakspainguide.com/wp-content/uploads/2011/12/KayakSpainGuide-Manual-Castellano-1.0-27-Enero-2012.pdf](http://www.kayakspainguide.com/wp-content/uploads/2011/12/KayakSpainGuide-Manual-Castellano-1.0-27-Enero-2012.pdf)
- Kemp, Peter, ed. (1988). *The Oxford Companion to ships and the Sea*, Oxford: Oxford UP.
- López Guix, J. G., & Minnet Wilkinson, J. (2006). *Manual de traducción*, Barcelona: Gedisa.
- Mapa digital de México. (s.f.). Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado de
- Metz, L. C. (2010, 15 de junio). Rio Grande. *Handbook of Texas Online*. Recuperado de <http://gaia.inegi.org.mx/mdm6/?v=bGF0OjIzLjMyMDA4LGxvbjotMTAxLjUwMDAwLHo6MSxsOmMxMTFzZXJ2aWNpb3N8dGMxMTFzZXJ2aWNpb3M=https://tshaonline.org/handbook/online/articles/rnr05>
- Orellana, M. (2008). *La traducción del inglés al castellano: guía para el traductor*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Paasch, H. (1997). *Paasch's Illustrated Marine Dictionary*. New York: Lyons and Buford.
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22.a ed.). Madrid, España: Autor.
- Schulte, R. (2012). What is Translation? *Translation Review*, 83(1), 1-4, doi: 10.1080/07374836.2012.703119
- Texas A&M AgriLife Research & Extension Center at Uvalde (s. f.). *Catclaw Acacia*. Recuperado de <https://uvalde.tamu.edu/herbarium/trees-shrubs-common-name-index/catclaw-acacia/>
- Walker, P. (2011, 24 de junio). The World's Most Dangerous Borders. *Foreign Policy*. Recuperado de <http://foreignpolicy.com/2011/06/24/the-worlds-most-dangerous-borders/>

Washbourne, K. (2009). *Manual of Spanish-English Translation*. Boston: Pearson.

Obras consultadas

Acacia Rigidula Blackbrush Acacia (s. f.). *Arid Zone Trees*. Recuperado de

<http://www.aridzonetrees.com/acacia-rigidula.html>

Belvins, W. (2001). *Dictionary of the American West*. Seattle: Sasquatch Books.

Big Bend Texas [Mapa]. (s. f.). Recuperado de <http://www.lahistoriaconmapas.com/atlas/city-map3/big-bend-texas-map.html>

Cañón de Palomas Negras. [Mapa]. (s.f.). Recuperado de http://www.mapas.org.mx/paises/show_map.php?regionname=Coahuila&nivel=14&name=Ca%C3%B1%C3%B3n%20de%20Palomas%20Negras&lat=27.35,-103.75

Equipo Editorial FIRMAS Press. (1994). *Manual general de estilo*. Madrid, España: Autor.

Grossman, E. (2010). *Why Translation Matters*. New Haven: Yale University Press.

Real Academia Española. (2005). *Diccionario panhispánico de dudas*. Madrid, España:

Autor.

DK & Oxford UP (2003). *DK Revised & Updated Illustrated Oxford Dictionary*. Nueva

York: Autor.

Gallego, M. (2003, 22 de mayo). International Relations and Trade. *Senate Research Center*.

Recuperado de [http://www.capitol.state.tx.us/tlodocs/78R/analysis/html/](http://www.capitol.state.tx.us/tlodocs/78R/analysis/html/HC00186E.htm)

[HC00186E.htm](http://www.capitol.state.tx.us/tlodocs/78R/analysis/html/HC00186E.htm)

Hall, T. (2017). About Marathon. *Marathon, Texas*. Recuperado de <https://www.marathontexas.com/about-marathon>

- King, H. M. (s. f.). *Limestone: What is Limestone and How is it Used?* Recuperado de <https://geology.com/rocks/limestone.shtml>
- Levesque, A. (2008). The Basics on How to Read Whitewater. *Mind, Body, Paddle*. Recuperado de <https://mindbypaddle.com/253/the-basics-on-how-to-read-whitewater/>
- Los cañones del río Bravo (s.f.). *Mexico Desconocido*. Recuperado de <https://www.mexicodesconocido.com.mx/los-canones-del-rio-bravo.html>
- Merriam-Webster's Collegiate Dictionary. (2011). Springfield: Merriam-Webster
- Milloy, R.E. (2002, 17 de febrero). Texans Push to Save Bridge to Mexico, and the Past. New York Times. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2002/02/17/us/texans-push-to-save-bridge-to-mexico-and-the-past.html>
- National Park Service. (2014, 19 de marzo). Big Bend National Park. Recuperado de <https://www.nps.gov/bibe/planyourvisit/espanol.htm>
- Sanderson Canyon [Mapa]. (s.f.). Recuperado de [Mapa]. Recuperado de <https://mapcarta.com/29631112>
- Secretaría de Gobernación. (2009, 21 de octubre). *Decreto por el que se declara*. Diario Oficial de la Federación. Recuperado de http://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5119901&fecha=21/10/2009
- Spanish-English Dictionary (2006). New York: Barron's Foreign Language Guides.
- Styles Carvajal, C. & Horwood, J., eds. (2009). *The Concise Oxford Spanish Dictionary*. Oxford: Oxford UP.
- Texas Parks & Wildlife. (s.f.). Black Gap WMA. Recuperado de http://tpwd.texas.gov/huntwild/hunt/wma/find_a_wma/list/?id=2

Thelma Equipo Editorial, S.A. Diccionario de Sinónimos y Antónimos. Madrid: Ediciones EuroMéxico, 2004. Print.

VITA

Name: Mariana Goretti Luévano
Address: 303 Altozano, Dr. Laredo TX. 78045
Email Address: gorettiluevano@gmail.com
Education: Lic. Comunicación e Información, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2011
Field of Specialization: Translation